

ARGUMENTO DEL DIÁLOGO

5
Al venir de Escocia el año 1552 buscaba yo a un muchacho
inglés que llevarme a Italia, y ya me encontraba en la última parte
de la isla, en Dover, proveniente de la región de Essex: puesto que
soplaban vientos adversos, no fue prácticamente hasta el noveno
10 día cuando se pudo desplegar las velas. En la víspera de que partié-
ramos, tras haberse suscitado una conversación sobre este asunto,
el hospedero me mostró a un hijo de nombre William, de doce años
de edad, honrado, bonito y complaciente con sus padres. El abuelo
paterno, de nombre Gregorio, aún vivía y era ligur; el padre,
15 Laurencio, era de la noble familia de los Cattani.

Fueron los hados los que lo empujaron, pues pese a que era de
noble estirpe, sin embargo ni yo me di cuenta, ni aquéllos me advir-
tieron del hecho de que el muchacho no hablaba ni la lengua itálica
común, ni el latín. Y es que si yo hubiese considerado esta circun-
20 stancia, que fue el comienzo de todos sus males, no me lo hubiera
llevado conmigo. En todo caso, a la mañana siguiente, aunque de
esto conversamos sólo la tarde anterior, el desgraciado del padre,
mientras corría para embarcarlo (y es que la nave se aprestaba a
partir muy temprano, por miedo a los piratas), se cayó en la playa
25 de tal manera que apenas pudo levantarse con la ayuda de sus
acompañantes. Al oír yo de él este augurio, poco faltó para que
renunciara a recibir al muchacho. No obstante, pensando con cuán
alegre ánimo el padre me lo había ofrecido, no me atreví a hacerlo.
Después de zarpar, me di cuenta de mi error: no le entendía sino
30 por señas, ni yo me hacía entender por él. Pero, apremiaban los
hados y, aunque con la fusta le golpeaba desnudo adrede y sin
causa, al preguntarle a él lo único que uno de mis criados había
aprendido: «Volgo Doura?», esto es, «Vis ire Douram?», respondía
lo único que sabía: «No», esto es, «Non»; de nuevo le decía mi
35 criado: «Volgo Milan?», esto es, «Vis ire Mediolanum?», y él
respondía: «Sic». De modo que, no queriendo yo afectarlo de tan
gran desencanto, me lo llevé a Milán. Con frecuencia en el camino
por la más leve causa le golpeaba con la fusta enérgicamente para
40 que quisiera volverse, pues tenía conmigo a Gianangelo Anono,
quien por propia iniciativa se había ofrecido en mi favor a acom-

GIROLAMO CARDANO

pañarlo de regreso. Cuando estuviera en Milán no podría entender qué es lo que quería él, o qué le había prometido su padre. No obstante, mientras estaba en camino sucedió que una noche, pese a que en otros momentos se había mostrado valiente, nos dio a entender que había visto la cabeza y la cara de un muerto, a lo cual nosotros le quitamos importancia. Sin embargo, cuando estuvimos en Milán, supimos que su padre había muerto, así que no quise mandarlo a la escuela elemental, /145/ de lo cual después, cuando hubo aprendido la lengua, es decir, al año y medio casi, se quejó. Con todo, lo confié a las clases de música, pues aquel pueblo parecía apto para esa tarea, pero el maestro se preocupó poco, pese a que había recibido por un año diez coronas de oro, y el muchacho estuvo bastante ocioso para aprender.

A partir de ese momento, aunque hice un librito, tampoco trabajó en él para aprender al menos a leer, y es que era excesivamente aficionado a la compañía de los muchachos. Y aunque yo fuera negligente para que fuera él instruido por la multitud de tareas de las que me tenía que ocupar, no obstante me consuela el hecho de que se evidenciara que era bastante inepto para todas esas cosas; a pesar de todo, era fiel, obediente, honrado e ingenioso; estaba dotado de una óptima agudeza visual, era paciente en las tareas y nunca quejumbroso. Por estas razones lo quería yo más que a nada, y eso es incluso más costoso, pues me parece que faltaba yo a mi obligación. Pero, entre tanto, sucedieron tantos impedimentos de parte de mis hijos, que no habría podido ni respirar: frecuentemente era uno, luego el otro, como las olas que tambalean los navíos, cuando no eran los dos a la vez. Pasaba, si no estoy equivocado, el sexto año, y me daba vergüenza dejarlo ir tan mal instruido, y sin remuneración alguna por los muchos gastos que entonces me obligaban a hacer mis hijos. Así es que con suaves palabras lo retuve. El caso es que, cuando justo al cumplirse el séptimo año me retiré a Pavía, pensando que le haría bien a él, ya le propuse |674| que aprendiera alguna arte –leer y escribir, cantar y tocar un instrumento, cosas todas ellas que fácilmente iba a hacer, pues ya había aprendido a leer un poquito, y también modestamente a cantar–, y en la casa tendría comida y ropa. Por lo demás, el arte que le propuse era la confección de sandalias, arte que en modo alguno es de poca monta, y no es además tan humilde. Sin embargo, la fortuna, que se oponía a la salud de aquél y a mis votos, hizo que de inmediato aconteciera aquella desgracia de mi hijo el mayor. A partir de

entonces me vi obligado a dedicar todo el año a escribir el *Theonoston*, y el tiempo que quedaba me concentré en la exposición del *Ars medica* de Galeno, y de nuevo me olvidé del asunto de mi pupilo. Tras seis meses, una vez que había escrito la mayor parte del *Theonoston*, y especialmente esa que trata de la cuestión de la inmortalidad de las almas, de nuevo me decidí a retomar lo que me había propuesto, pues ya se había cumplido el octavo año desde la partida de Dover. Sin embargo, por ciertas causas que me parecieron entonces bastante graves, pero ahora me parecen más leves (como las que se daban en el caso de mi joven pupilo, más bien adolescente, fiel y amante de mi persona, quien por el amor que me tenía se había preocupado poco de su padre, de su abuelo y de sus tres hermanos), le propuse colocarlo fuera de mi casa. Así pues, le dije: «Guillermo, ya has llegado a la juventud, y no has aprendido nada; sin embargo, como muestra de lo que te quiero, yo me voy a ir a Pavía, como sabes; si te parece bien, te colocaré en la casa de un artesano; le pagaré a él tu alimentación y te vestiré; cuando hayas aprendido el arte, o bien volverás rico a tu casa, o te procuraré tanto dinero que ejerciendo en simultáneo el comercio y el arte podrías vivir con desahogo». Le pareció bien lo que le había ofrecido. Por otro lado, añadí: «Mientras tanto, en los días festivos aprenderás a leer y escribir». Estuvo de acuerdo. «Pero, ¿qué arte te agrada?». /146/ Entonces erré al ofrecerle a un mozalbete un arte muy arduo: «¿Acaso la confección de trajes?». Hizo un gesto de aprobación, y ello era para él de más agrado por la razón de que ya había hablado frecuentemente con mi sastre, M. Antonino Daldo. Pese a ello, yo le propuse como maestro a éste mismo, lo que tuvo como consecuencia que, al ser él ya conocedor del asunto, de inmediato conviniera, en cuanto al precio, que yo le pagara treinta y dos coronas después de seis meses. Y he aquí el segundo error, pues yo habría debido pagarle por cada año (pues nos habíamos puesto de acuerdo por tres años) sólo la tercera parte de ese dinero. Y también hubo un tercer error, pues debí colocarlo en Pavía, donde solía yo habitar, y no en Milán. El cuarto error fue que debí retener en casa a un pupilo no tan fiel, habiendo menospreciado los errores de la adolescencia (puesto que no se trataba de un peligro vital, ni estaba en peligro mi honor, ni mi fortuna o mis allegados), confiado a mí por parte de un padre tan fácil, o bien no debía haberlo dejado irse sino a su propia casa. Pasaron los seis meses. Ese taimado individuo se deshacía en elogios hacia el óptimo joven; yo,

pensando que aquello era de verdad, y sin sospechar nada de un fraude, enjuiciando otros aspectos por mí mismo, y por mi familia y mis criados, le hago entrega de las treinta y dos coronas. Aquél durante el verano, pues tenía una pequeña propiedad rural, lleva al
 5 adolescente a las fiestas; y poco a poco lo va haciendo, en vez de sastre, vigilante de las viñas. Además, al mismo tiempo, si era necesario, volvía el mismo día (pues el lugar distaba de la ciudad poco más de dos mil pasos) y pasaban la noche cosiendo. Por otro
 10 lado, bailaba junto a los labriegos, ardiendo de amor por una muchacha. Así que, mientras estaba yo en Milán, empezó a tener fiebre. Vino a mí; yo desatendí el asunto por muchas causas: ya sea porque él se quejaba poco, ya sea porque yo ignoraba que la causa de la enfermedad era la sobreabundancia de esfuerzos y las insolaciones, ya sea porque estando conmigo, cuando había padecido dos
 15 o tres veces una fiebre similar, al cuarto o quinto día se había aliviado, ya sea finalmente porque mi hijo y el muchacho emprendieron por sorpresa la huida. ¿Qué más? Aunque mandé que lo sangraran, a los cuatro días vienen de noche pidiéndome que tuviera a bien examinarlo, pues a su juicio poca vida le quedaba. Una
 20 convulsión se había apoderado de él y había perdido el sentido. Yo, sin embargo, me batí con la enfermedad, y se mejoró, pero tuve que volver a Pavía para cumplir con mis obligaciones. Ahora bien, cuando ya se había levantado de la cama, celebró unas ciertas bodas de su señor, y le obligaron a dormir en la bodega, en donde
 25 por el frío y la mala dieta alimenticia, cuando el desgraciado a la tarde se dispuso a volver a Pavía, se le agravó de nuevo la enfermedad. Allí aquel impío señor suyo mandó que lo trasladaran al Xenodoquio; a partir de ese momento, presa bien sea de la gravedad de la enfermedad, bien sea de la pesadumbre de su ánimo, bien sea del
 30 frío nocturno, a la mañana siguiente murió. Por esta desgracia me he visto tan afectado que podrías decir que se me ha muerto el otro hijo mío.

De modo que, como no encontraba alivio alguno para este dolor, sino que permanecía despierto, /147/ le daba vueltas a la cabeza y
 35 nunca me libraba de esa cuita, me he vuelto a un sólido asilo con el fin de luchar junto a la razón en contra del sentido, y hacer eterna la memoria de su nombre, como quiera que muchos jóvenes y ricos por la esperanza de una fama mucho menor arrostraron una muerte voluntaria y cruel. Así pues, aquí comienzo.

40

[675a] PERSONAS DEL DIÁLOGO. GIROLAMO CARDANO.
GIANPIETRO ALBUZZI.

ALBUZZI. Bien que me sorprende, amigo mío, de este dolor tuyo, siendo tú el que sueles consolar a los otros, y con tan poca cosa sucumbes. Acuérdate de todo lo que escribiste en el *De consolatione*, de con cuánta fortaleza soportaste la desgracia de tu hijo, ciertamente penosa, y tantos infortunios aun mayores con prudente ánimo. En esta ocasión lamentas tan deshonorosamente la desgracia de un criado extraño que te expones a tres peligros de la máxima importancia: primeramente a que te califiquen de descerebrado; segundo, a que sospechen que tuviste a ese joven como amante, o incluso que lo sigues teniendo; tercero, a que provoques la ira de Dios contra ti. Tienes a tu único hijo en la cárcel, lo cual le sirve de medicina, como dices: juzga qué grave es la enfermedad para la que el medicamento es tan amargo; y deploras la marcha provocada por la enfermedad de un pupilo, estando completamente absorto en él. Avergüénzate (te hablo con franqueza, como suelo) de tan gran delito, o de tan mal agüero (ojalá esto no se cumpla), o de semejante estupidez.

CARDANO. Realmente me avergüenzo, y entiendo que lo que dices es en su mayor parte verdadero; sin embargo, no puedo resistir el dolor, pues no pienso en otra cosa día y noche, entre tantas desdichas, despierto desde las diez de la noche, yo que suelo dormir hasta bien entrado el día (a no ser que se interpongan tareas, o si se interponen, nunca antes de las doce), y no dejo de imaginarme su figura, y de acusarme por mis actos y mi desidia, no menos que si lo hubiese matado a voluntad y con conocimiento, como Alejandro a Clito, y Solimán al niño que tenía como amante: éste con aquél veneno suyo, aquél ebrio de vino. Por esa razón, me temo que este suplicio mío no es amor, ni luto. Por lo que se refiere al amor, es verdad que no lo amaba yo tanto como para que, en el caso de que pudiera convencerme completamente de que aquél no pereció por mi culpa, me estuviera doliendo todo el día. Pero precisamente eso es lo que me angustia, es decir, que murió por mí /148/ culpa, él que fue entregado a mí en custodia por su padre, y me profesaba tanta fidelidad y amor, que nunca quiso oír palabra del retorno a su padre, a su abuelo, a los tres hermanos que tenía, a sus criados y amigos. Había alcanzado el séptimo año que se había prefijado para su regreso, pero el amor a permanecer se había

agrandado: era tan fiel al ocuparse de las cosas que nunca faltó nada. Después, estaba tan contento de hacerse cargo de los trabajos, y más dispuesto a afrontarlos que yo a mandárselos; era diligentísimo y cauto. ¿Cómo puedo yo olvidarme de semejante locura mía?
 5 ¡Ojalá no lo hubiera retenido conmigo de buen grado, o lo hubiera remitido (como era justo) a su casa y restituido a los suyos (puesto que no era posible a su padre)!

ALBUZZI. Bien hacen todos en advertir que el luto se asemeja a las cataratas; éstas provocan un agudo picor, y al rascarse aumentan. Me parece que de esta forma tú no alivias el dolor, sino que
 10 aumentas sus causas. |675b| Piensa, desgraciado (te hablo con franqueza, como he dicho), qué haces, en qué estado te encuentras, qué opinión de ti provocas en los hombres, y la ocasión de que tus adversarios hablen mal de ti, a qué gran peligro (si es que lo demás
 15 no te conmueve) te expones: o bien te mueres, abandonando a un nieto en edad infantil, y tantos bellos volúmenes (según oigo decir) aún sin acabar, o bien caes en la locura, que sería peor. Así que, descansa y mira por los tuyos y por la gloria, si es que no te motiva el cuidado de lo tuyo. Soportaste la repulsa del Colegio, injusta
 20 tanto como pudo ser, ya que ellos mismos te recibieron después, tras diez años. Soportaste, como he dicho, la cruel ejecución, miserable y vergonzosa, de tu egregio hijo, y de una esperanza tan grande (yo no hurgaría en ello a no ser en tanto que, como tú, reconozco y sé que también los medicamentos mortíferos conducen
 25 a la salud, y que, cuando conducen a ella son de todos los más eficaces), y los peligrosos inicios de tu otro hijo, y la espera llena de miedo, después la muerte de tus padres, de tu esposa, y otras muchas penurias y adversidades. Ahora es de mal agüero (como he dicho), o vergonzoso, o la prueba del comienzo de la locura el que
 30 te veas martirizado de esa forma por la muerte natural de un adolescente extraño. No estuvo abatido Sócrates, que iba a perecer ese mismo día por una muerte indigna, e iba a abandonar a tres hijos pequeños sin ningún sustento, cuando además había sido condenado injustamente. Créeme: quien perece por una enfermedad, sea del
 35 modo que sea en que perezca, es arrebatado por Dios, el que muere por la espada o por un veneno, lo es por los hombres; pero si Dios arrebatara lo que es suyo, cuando lo arrebatara no hay que dolerse; distinto es lo que se refiere a los otros casos. Luego, piensa que eres anciano, y según el dicho de Agustín: «El anciano no puede
 40 vivir largo tiempo». Esto es lo que debe angustiarte y martirizarte,

GUGLIELMUS. DE MORTE

no una muerte ajena, de cuya culpa eres desconocedor, y más si no lo eres en absoluto.

CARDANO. Muy verdadero es lo que rememoras, y me reprendo a mí mismo, pero no puedo anular la causa de la tristeza y de la congoja; bastante me martiriza y me tortura. Así que me consuelo con estas razones, pues todas ellas y muchas más las he escrito en muchos /149/ libros; a pesar de ello, no puedo resistirme a verme acongojado. 5

ALBUZZI. Sé que las has escrito, y por ello las he sacado a colación, para que les prestes mayor fe, y para que sepas que soy estudioso de tus obras. 10

CARDANO. Te lo agradezco, pero yo te diría aquello de que cuando estamos sanos damos óptimos consejos a los enfermos.

ALBUZZI. Pero, ¿acaso soy yo inexperto en esas calamidades? De mí sabes cuánto tiempo soporté la pobreza (y no llevo con mayor vergüenza el haber sido pobre que con dicha el que ya no lo sea), y las calamidades de los míos y la desidia, además de la muerte de mi hijo en quien tenía una óptima esperanza, pero lo soporté de tal manera que no necesité ni de tu consolación, ni mucho menos de la de algún otro. Es propio del sabio, no sólo del fuerte, sobrellevar la necesidad, y ello con mayor motivo cuando llevándolo penosamente añades mal al mal. 15 20

[676a] CARDANO. Todo correcto, pero estoy cansado de tantas adversidades, y me oprime esta última calamidad.

ALBUZZI. Ojalá lo sea, y lo deseo. 25

CARDANO. Digo que es la última de aquellas que la precedieron, y que ya he soportado, no de todas; no puedo, en efecto, adivinar las futuras.

ALBUZZI. Pero tampoco estimaría yo que la calamidad de tu hijo en la cárcel es menor que ésta, y ella aún se cierne, pero dejemos a un lado esto. 30

CARDANO. Dejémoslo a un lado sin más, y hablemos de esta fortuna mía.

ALBUZZI. Me parece bien. Pero piensa primero, si te parece bien, en qué gran peligro te encuentras: anciano, ya has rebasado los sesenta años; pobre, pues no posees de renta más de cuarenta coronas de oro (según he oído de ti mismo): que sean en todo caso cincuenta o sesenta, ¿qué es esto para tantos gastos como sostienes? Con el odio, como afirmas, del Senado; yo por lo menos diría que no tienes su favor; se te arrebata el sueldo, o es disminuido en 35 40

más de cien coronas de oro. Tu nieto aún no tiene los dos años, tu único hijo en la cárcel, tu hija estéril hasta este día; tu autoridad entre los ciudadanos se ha visto muy mermada por la desgracia de tu hijo, de tal manera que no puedes sino lograr allí con suma fatiga una mediocre ganancia gracias a tu arte; el estado de tu cuerpo tiene mejor aspecto que firme es su salud, como oigo de ti. Si mueres, ¿qué esperanza le quedará a tu stirpe? Si vives, caerás en una de estas dos calamidades: o bien te verás obligado a dejar de ejercer (lo cual ocurriría fácilmente por causa de tus adversarios y por el favor ya envejecido de los príncipes), o bien serás oprimido por alguna larga enfermedad (lo cual suele sucederle frecuentemente a los ancianos, y especialmente a los estudiosos). ¿Quién podrá ser calificado de más miserable que tú? (Y me estoy refiriendo a la opinión pública, pues no me atrevo a llamarte a ti verdaderamente miserable, para no parecer que me alejo radicalmente de tus enseñanzas). En consecuencia, ¿entre una tal mole de preocupaciones podrás acordarte de Guillermo? ¿No se llamaba así el que acaba de morir? Digo más, poco falta quizá para que escribas de inmediato un libro consolatorio y lo edites; de esta manera, cuando más acongojado estés, como le pasa a un cómico, más se reirán aquéllos.

CARDANO. ¿Qué haré yo en esta circunstancia? Creo que eres divino. Y es que recogeré de ello tres emolumentos (puesto que estoy obligado a llevarlo a cabo): aliviaré el dolor, le dispondré a aquél un nombre inmortal y /150/ será ese libro quizá semejante a los discursos de aquel Hegesias, orador tan famoso, quien empujaba a los egipcios al suicidio mediante su alabanza de la muerte. A menos que Ptolomeo no lo hubiese hecho desistir de esa tarea bajo amenaza de muerte, parecía que iba a agotar de hombres el territorio.

ALBUZZI. ¿Así es que quien persuadía a otros de la muerte la temió?

CARDANO. Así es, pero te diré qué es lo que principalmente me angustia en una muerte como ésta.

ALBUZZI. Te pido que lo digas, pues esto es lo que yo preferiría escuchar.

CARDANO. Lo que especialmente me atormenta es que yo soy desdichadísimo, y que conduzco a las mismas desdichas a aquellos que más complacientes se muestran conmigo. En efecto, ¿a qué venía que yo sacara de su patria a aquel desgraciado, como si fuera

GUGLIELMUS. DE MORTE

a devolver a otro Teofrasto, cuando en su casa se hospedaron (según he oído) un poco después el rey Felipe con la reina María? Si aquél hubiese sido pobre, no me dolería tanto. Quienes caen mientras se ven obligados por la miseria a procurar evitar la caída, deben llevarlo con ánimo justo, y quienes voluntariamente se arrojan a los peligros. 5

ALBUZZI. Pero esto lo podemos ver después. Te pido que digas lo siguiente: ¿cuál es esa especial preocupación?

CARDANO. ¿Has visto alguna vez un [676b] hombre más desgraciado que yo? En el útero de mi madre fui asaltado por un medicamento abortivo; perdí dos hermanos y una hermana por la peste, por ello mi madre huyó a Pavía; fui prófugo antes de que naciera; nací exánime y perdí en un día a mi nodriza por la peste; enfermo de niño y tan a menudo deplorado, sobreviví, creo, para que experimentara cosas peores; rechazado por el Colegio de médicos de manera envidiosa, por no decir injusta, he experimentado una repulsa similar en mi hijo el mayor. Junto a mi padre soporté una larga servidumbre, y cuando él me despreciaba por bastardo también oía yo a la vez cosas indecorosas de mi madre. A partir de entonces, cuando salí libre de esa miseria, caí en una peor: fui frígido por diez años interminables, y ello en la flor de la juventud. Solventó esta calamidad otra aún peor, pues cogí una consunción que duró siete meses y me estuve lamentando entre un mar de lágrimas; libre de nuevo de ella, durante diecinueve interminables años he padecido tanta pobreza que, según el ejemplo de los frailes capuchinos, para mí al desayunar era incierta la cena; y esto hasta cuando tuve cincuenta años. Omíto las amenazas y las vejaciones de Barbiano, por lo demás un ilustre varón, pero poco amigo de mi fortuna, y tantas muertes de mis otros parientes. En estos casos no enumeraré nada que sea común o moderado. Siguió la boda aquella infausta de mi hijo el mayor; de ahí una muerte más tétrica, y finalmente las estupideces cometidas por mi otro hijo, tantas que me he visto obligado a coaccionarle con la cárcel; omíto ahora la merma de sueldo de la que acabas de acordarte, una hernia inguinal derecha que he lamentado durante varios años; lo siguiente, en décimo octavo lugar, ha sido la muerte intempestiva de este adolescente, de modo que reconozco sinceramente que no tengo ahora a nadie en quien pueda confiar: mi hijo es hostil e inconstante, mi hija está junto a su marido, mi nieto es débil, los parientes por parte de padre poco amigos, los cuñados pobres, los afines todos lejos, 40

ningún amigo excepto tú, no tengo cliente, no tengo criado. Sólo este adolescente, por más que fuera extraño, persistía en su deber por –creo– su probidad y su prolongada educación, /151/ y a él yo se lo he agradecido así por mi indolencia y desidia. ¿Y no quieres
5 que llore su muerte?

ALBUZZI. Pero, por el contrario, si soportaste con fortaleza el asunto de tu hijo, es vergonzoso (y reconozco que este asunto no es poca cosa) el que quieras ahora sucumbir a un dolor inmoderado. Y ello especialmente porque, como te he dicho, este tema no carece
10 de un enorme peligro.

CARDANO. Haces bien en advertirme, pero en la desgracia de mi hijo mi alma aún no estaba dañada por ninguna herida grave. Ves a hombres heridos que llevan peor un pequeño y blando cojín, y además de lino, que la propia herida, y ello porque la carne
15 dañada nada soporta, mientras que la sana todo lo desprecia. ¿Quién de esos hombres no lleva peor la estopa, que uno sano pesadísimas cadenas? Después allí se me presentó un divino asilo gracias a una esmeralda retenida en la boca: escribí además el *Theonoston*, que puede sedar todas las preocupaciones y hacer
20 cesar toda tristeza por más grave que sea. Está también en este libro la causa, como he dicho, de mi error y mi desidia. En mi hijo no cometí ninguna falta, que yo sepa; nada hay que torture más al hombre honesto que la conciencia del crimen y de la negligencia: en este caso, aunque no haya crimen en absoluto, reconozco que mi
25 falta estuvo en la diligencia.

ALBUZZI. Pero si el *Theonoston* puede sedar todas las preocupaciones, ¿es que no lo tienes contigo?

CARDANO. Lo tengo.

ALBUZZI. ¿Por qué entonces no sedas este luto con su lectura?

CARDANO. Es verdad lo que dices, pero en este libro no se trata nada de esos infortunios que se han producido por nuestra culpa y especialmente sobre los nuestros. |677a| No me atormenta esa pérdida, sino mi indolencia y mi estupidez: de las dos maneras
30 pequé. Pues me callo lo demás: no fue oportuno colocarlo con el sastre, que está en vela noches enteras, y cuando el desgraciado, completamente confiado, vino a mí, debí socorrerlo dejando a un
35 lado todas mis ocupaciones.

ALBUZZI. Veo cómo de dañada está tu alma por esta enfermedad. En todo caso, dime, por favor: ¿no previste esto tú que sueles
40 prever todos los males?

GUGLIELMUS. DE MORTE

CARDANO. Ciertamente así lo creo: en el mismo primer día del año, es decir, el uno de enero, tembló mi habitación, a pesar de que no se estaba produciendo ningún terremoto; por ello, dado que era el inicio del año, a todos los de mi casa advertí, y especialmente a mi hijo, de que estuvieran muy atentos, pues yo sabía que alguien de la casa iba a morir; y ello porque este prodigio siempre fue para mí de mal agüero, además de para otros, y bastante cierto; tal fue el caso del padre o tío paterno (permítaseme llamarlo así según la costumbre lombarda) del conde Ippolito del Maino. 5

ALBUZZI. Pero, ¿estaba aquél en tu casa? 10

CARDANO. En absoluto, ya se había ido a casa del sastre.

ALBUZZI. Entonces, ¿qué tiene que ver él con el temblor de la habitación?

CARDANO. También estuvo él entre mis criados, por lo que en las Saturnales le habíamos echado las suertes. Es más, también temía por mi nieto, y aún temo, pues tras unos pocos días se repitió el mismo prodigio, alrededor de un mes y medio después, pero mi nieto será sacado de mi casa. 15

ALBUZZI. Sin embargo, tu nieto te pertenece necesariamente, será perpetuamente de tu familia, además poseerá tus bienes, si no le ocurre ningún infortunio; en cambio, éste ni te pertenecía necesariamente, ni quizá iba a volver más a tu casa: ciertamente no se iba a demorar mucho tiempo contigo, /152/ a menos que pensaras en dejarlo también a él como heredero. 20

CARDANO. Nada de eso, estarás bromeando: más le di al sastre que lo que le dejaba en el testamento. En todo caso, lo amaba mucho, y había decidido que se dedicara al comercio. 25

ALBUZZI. Luego no parece que ese sueño tenga que ver con él. Despreocúpate: por azar nacemos, y más aún por azar morimos.

CARDANO. No todos. 30

ALBUZZI. Por lo tanto, fue conveniente que lo tomaras como sirviente tuyo.

CARDANO. No a él por su causa, sino por la mía.

ALBUZZI. Deliras, amigo mío, al decir eso. En todo caso, hay que dar comienzo a esa defensa desde más alto. 35

CARDANO. De donde quieras, pero ten por sabido que yo no fabulo acerca de estas cosas: ojalá tal clase de señales no fueran hasta el día de hoy tan verdaderas como lo fueron.

ALBUZZI. Lo creo, pero a mí no me ocurre nada de eso. En

GIROLAMO CARDANO

todo caso, omitámoslo, y dime: ¿te dueles a causa de ti, a causa de él, de ambos, o de sus allegados?

CARDANO. De verdad, a causa de todos.

5 ALBUZZI. Aunque me has endosado una tarea más ardua de lo que yo esperaba, intentaré a pesar de todo mostrar que tú no sólo no debes entristecerte por esta causa, sino alegrarte noblemente. Y considero que se trata de un beneficio para aquél, para ti y para sus allegados: respecto a él, si pudiera revivir en una condición mucho mejor que la que tenía, y siendo de resplandeciente fortuna, no
10 aceptaría la opción de revivir.

CARDANO. Eso es lo que todos dicen, pero Dios sabe cómo es la cosa; ciertamente es conocido aquello de que todos los seres desean existir.

15 ALBUZZI. No hago progresos contigo a distancia, según veo: hay que luchar de cerca.

CARDANO. Adelante, si es que tienes algo: no espero poder sacar en limpio de ti nada que no sea perfecto.

20 ALBUZZI. Y, sin embargo, me abstendré incluso de la calumnia, cosa que no hacen muchos, y es que la mayoría busca la causa |677b| del odio y el alivio del dolor en los vicios, de los que nadie puede carecer, ni mucho menos aquél. Y si, además, yo conociera íntimamente su vida, podría decir muchas más cosas.

CARDANO. Piensa que él fue entre los jóvenes el mejor, hasta tal punto que ni siquiera tuvo un enemigo.

25 ALBUZZI. Sea así, cuando además vale más engañar que luchar, pues he oído que alguna vez te abandonó.

CARDANO. Así es, pero por la injuria que yo le infringí, y volvió a la segunda hora, pues carecía de toda obcecación.

30 ALBUZZI. Sea así; veo que tú obras en beneficio de tu dolor y de la gloria de aquél, si es que puede imaginarse que hay alguna gloria en un adolescente bárbaro.

CARDANO. Ojalá tuviera otro semejante italiano, pero continúa, que ya no sólo no rehuyo el alivio del dolor, sino que voluntariamente lo busco.

35 ALBUZZI. Todos los que dijeron algo acerca del alma se dividen en cuatro opiniones. Unos piensan que las almas son mortales, o solamente una, lo que viene a ser lo mismo, por más que hablen de ella ciertas cosas de una magnífica belleza; otros dicen que son perpetuas y están divididas, y soportan premios y penas, tal como todas las leyes y Platón sostienen, si bien éste
40

enseña esta cuestión de una manera tan insulsa, que bien hago en decir que echó abajo una buena parte de su autoridad en esta parte, en donde debió poner tensos todos sus músculos. La tercera es la opinión de aquellos que piensan que las almas sobreviven por un cierto número de años, pero bastante grande. La cuarta opinión es la tuya, tal como de ti la oí, es decir, que todas son /153/ una sola, pero están divididas como los rayos del Sol y los miembros del cuerpo. Y es que, en efecto, lo que siente el pie no lo siente la mano, y sin embargo el pie y la mano pertenecen a un solo individuo, por no decir que son una sola cosa. Así pues, cuantos dicen que el alma es eterna y está dividida, sean todas las almas felices, o sólo las de los buenos (dado que porñas con que éste fue bueno), están obligados a reconocer que nada mejor le pudo ocurrir; y esto mismo es lo que según tu opinión hay que decir.

CARDANO. No te afanes más, estas cuestiones son bastante claras.

ALBUZZI. Pues si afirmaras que fue ímprobo, hubiera sido impío dolerse por él: si viviera, por más amigo tuyo que fuera, iba a tratar mal y a hacer daño a muchos hombres honestos.

CARDANO. Bien cierto que es esto, no te afanes; pon todas tus energías en esto: ¿es el alma mortal o una sola?

ALBUZZI. No habría creído yo que tuvieras necesidad de esto tú que (como de ti mismo he oído) durante un año entero no has hecho otra cosa que demostrar que nuestras almas son inmortales.

CARDANO. Cierto, pero en todo caso deseo oír cómo es que, aunque sean mortales, puedes demostrar que la muerte no es un mal, lo cual en vano intentó Séneca por mucho tiempo. ¿Qué habrían dicho Alejandro, Temistio y Averroes? Y es que me acuerdo de haber leído que Teofrasto, que fue de esa misma opinión, se dolió de su suerte cuando era anciano, y lo hizo ásperamente, y nada hay más frecuente que quejarse de la condición de los hombres y de la brevedad de su vida. Por tanto, si es que tienes a tu alcance alguna cosa en este asunto, adelante.

ALBUZZI. Primeramente reconocerás lo que el poeta escribió:

Y de nuevo será enviado el gran Aquiles a Troya.

Esto fue demostrado por ti de una manera tan brillante con el ejemplo de la plata convertida en agua y retornada a plata un número infinito de veces, que nadie podría dudar de que cada hombre

vuelve a este mundo, y es así como si alguien durmiera mientras tanto, y afronta una suerte diversa, a la cual tú sueles llamar *pal iggenesia*, una inmortalidad intermedia, de tal manera que cada uno de nosotros está verdaderamente latente como la chispa en la ceniza, como los |678a| astros bajo la tierra, y volverá en su tiempo mucho más feliz, o si vivió felizmente, estará obligado a encarar otra suerte, y no hay filósofo alguno que pueda rehuir de este género de inmortalidad. Por lo demás, ese tiempo durante el cual, mientras tanto, dormimos debe ponerse del lado de la felicidad más que del de la infelicidad, y sin lugar a dudas del de la tranquilidad, es más de una máxima.

15 CARDANO. Por tan bello descubrimiento, así como por otros muchos, pero por este especialmente, en el cual especialmente descansa la salud del género humano, la posteridad entera debe darme las gracias.

ALBUZZI. Pero dímelo tú, te lo ruego, y explica mejor tu teoría, pues en esta inmortalidad, como suele decirse, todas las leyes y los profetas convienen. Ella es la que ningún filósofo puede rechazar, ninguna experiencia redarguye, ninguna razón reprueba, sino que todo consiente en ella por todos los lados.

20 CARDANO. Te lo diré, puesto que agrada escucharlo; sólo me callaré las demostraciones, pues en el *Theonoston* han sido abundantemente desarrolladas, para que no parezca que repito dos veces lo mismo, vicio del cual, hasta donde llega mi memoria, suelo verme libre. Pero replicarás: «¿Acaso vas a decir dos veces la misma cosa?» /154/ De ninguna manera, pues allí descuidé el desarrollar en serie el tema; ahora lo explicaré con atención, lo cual considero que te va a resultar agradable.

ALBUZZI. Ninguna otra cosa lo será más. Continúa.

30 CARDANO. En principio debes saber que, dado que el hombre consta de forma, la humana, así como de materia y mente perpetua, si te apartas por completo de la inmortalidad del alma y reduces el asunto a que seamos semejantes a lados (y es que, en efecto, no cabe imaginarse otra forma universal tal cual la que se inventó Averroes, ya sea porque nosotros mismos existimos, y cada uno percibe que él mismo existe y no lo percibe de los otros, y dado que de otra manera los hombres serían un solo hombre; pero que sea la cosa como te plazca, y yo te concederé todo lo establecido por Averroes que tiene que ver con nuestra opinión, y ello porque

40 cuanto más cosas vayamos a tener en común, tanto menos de lo que

nos es propio se resistirá a nuestra resurrección), es conveniente conceder que hay al menos una sola cosa por la que cada uno se distingue de los otros: esa cosa no es un accidente, pues nos distinguimos por las mismas cosas por las que somos, sino una porción de materia, no del cuerpo entero, puesto que el niño y el anciano no serían uno y el mismo, y si se le amputara un brazo o se le extrajera un ojo a un hombre, no sería el mismo; por el contrario, se trata de esa porcioncita de materia en el corazón a la que está fijada el alma, si es que en todo caso afirmas que ella es mortal. Por lo tanto, cuando el hombre muere, la materia permanece, y la forma aquella reside en potencia en ella, tal como en la ceniza el combustible de la llamita; y quizá tenga también algún acto, aunque exiguo. Ahora bien, no acepto para mí sino lo que no puede negarse de ninguna manera: lo mismo que dormimos un sueño profundo, así las estrellas están escondidas bajo el otro horizonte, así en la mosca está el combustible de la vida; así algunos, tal como se dice en el caso de Juba, estando aún caliente el cuerpo resucitaron, lo cual también es manifiesto y está comprobado a partir de Fortunio Affaitati. Cuando aquella exigua parte ha quedado imbuida de nuevo del alma humana y de la mente, surge el mismo hombre, y de esta forma todos verdaderamente resucitaremos con nuestra carne, y no una vez, sino infinitas, pues el tiempo es infinito. Ahora bien, incluso en el caso de que los hombres sobrevivan por un breve espacio de tiempo, es necesario que cada uno sobreviva por un tiempo infinito. Así, por otro lado, poco difiere esta opinión de aquella que piensa que nuestras almas tras la muerte duermen hasta el día del juicio. Por eso es por lo que se repite tan a menudo: «Durmió en paz». En cambio, nuestra ley va más allá, mientras que los filósofos [678b] se ven obligados a llegar hasta el límite de los sentidos. Cuando ha sido fabricado el corazón aquel, se equipa de otros miembros, y por ello de otras costumbres y fortuna. Por lo demás, hay que creer que esa resurrección ha sido constituida de tal manera que los que fueron felices salgan infelices, o al menos quienes fueron malvados; también quedan los vestigios del amor y del odio, si en una cierta época nacen de la misma edad aquellos que fueron amigos o enemigos, lo cual tal como no es necesario que se dé al instante, es necesario sin embargo que alguna vez ocurra; y quien ha sido martirizados por alguien a la inversa él le infringirá a éste un suplicio u otro mal. Ahora bien, yo demuestro /155/ que es necesario que esto sea así por el hecho de que, como el tiempo es infinito, y

vuelven infinitas veces los individuos, y el número de almas tiene un límite, se sigue que un determinado hombre caerá junto a otro determinado en la misma época no una vez, sino infinitas. Aquí ves palmariamente que todas estas circunstancias consienten en una sola opinión y son verosímiles. No hay que sorprenderse primeramente si muchos filósofos vivieron sin preocupación, como si fueran a volver: nadie hay, en efecto, que, si considerara que él se va a extinguir por completo, no viva triste. De ahí que todas las religiones afirmen esa inmortalidad, y además haya tantos que se ofrecen intrépidos a la muerte. Sin embargo, las demás cuestiones que se derivan de esto permanecen totalmente desconocidas hasta este memento, y nos resultarán desconocidas mientras no venga un hombre de una inteligencia más afortunada: por ejemplo, la cuestión de si cada uno tendrá los mismos hijos, la de si tras el óbito permanece algo en esa materia que posea un acto. Lo que tengo por descubierto es que son óptimos y también felices aquellos que no tienen asuntos con nadie como para que maten o sean matados, infrinjan una injuria o la reciban, pues es señal de que ya fueron anteriormente así, y lo serán.

ALBUZZI. Estas afirmaciones son admirables, pero, en todo caso, dudosas por un solo punto: si alguien dice que los hombres son infinitos y que aquella materia se divide en partes mínimas, nunca jamás bajo la misma forma estarían las mismas partes de la materia. Después me temo que, aun en el caso de que lo estuvieran, no sería el mismo hombre después de tanto tiempo de por medio. Si resuelves estas dos dudas, reconoceré que todos nosotros volveremos.

CARDANO. Primero hablaré del tiempo, luego del número. Así pues, en cuanto al tiempo la cosa es que si viviéramos hasta este momento, es claro que nosotros seremos los mismos, y en todo caso esa sustracción de tiempo no obstaculiza en nada la unidad. Lo ves en la plata viva, y en esos que se despiertan de un largo sueño o de una larga enfermedad en la que han convalecido olvidados de sí mismos. En efecto, no debe haber ninguna duda en absoluto respecto a que las cosas que se componen de los mismos elementos han de ser las mismas. Pero acudamos al primer punto, a partir del cual también este segundo resplandecerá con mayor claridad. Así es que si el número de hombres fuera incierto e infinito, ninguno de ellos sería conocido por Dios: ¿para qué esa infinidad desordenada y desconocida? ¡Cuánto más acertado es, poniendo ante nosotros el

ejemplo de las otras orbes, constituir un número determinado de mortales, de tal manera que, igual que los cuerpos celestes, así aquél número volverá al punto inicial! En esta concepción se conservará ciertamente el orden y la divina sapiencia, la similitud de todas las cosas; se evitará la abominable infinidad cuantitativa. La multitud inútil y desconocida será tenida incluso como ejemplo de la injusticia divina. Por lo demás, si no fuera así, pero cayeran algunas partes de la materia bajo la forma humana, de tal manera que se restituyeran unos [679a] hombres, y otros no, ¡cuán injusto será esto, restituir a unos sí y a otros no! ¿Y si a ninguno?

ALBUZZI. A ninguno directamente.

CARDANO. Luego será conveniente huir de esta colusión, y Dios tendrá gran cuidado en que nadie pueda volver. /156/ Y en el caso de que yo te conceda esto, tan absurdo como es, no podrías negar que aquella parte de la materia conste de muchas porciones, de tal manera que en mí (por ejemplo) una parte sea de Galeno, otra parte de Iris, otra de Temisión, y otra de Máximo Planudes: por lo tanto, ¿piensas o no piensas que ellos en parte resucitaron en nosotros? Pero, ¿qué confusión es ésta? Por el contrario, ¡cuánto más digno es de la divina sapiencia que sean exactamente los mismos los que vuelvan tras varios siglos! ALBUZZI. Me quedo absorto en estas palabras: son sin duda mejores que la epístola de Averroes *Sobre la resurrección*. Es sorprendente: no basta con opinar mal de ellas, a menos que sean situadas en la honestísima lista de libros impíos: éste la tituló *Sobre la resurrección*, aunque cree que muere todo excepto cierta cosa común; aquél *Sobre la inmortalidad*, aunque en nada cree menos que en la inmortalidad del alma. ¡Oh Santa Guillermina, (pues sé que habituabas a llamar de broma a ese adolescente puro y óptimo con este nombre), que has obtenido un pregonero de la gloria de tu nombre tal como el que reyes en vano desearán alguna vez! ¡Y qué feliz a cambio eres tú, Guillermo, que fuiste quien suscitaste la causa de que se trabara esta conversación! ¡Oh glorioso hado, y más inmortal y más honesto que la temeridad de Curcio! Estas ideas son distintas de aquellas que oigo clamar contenciosamente en las escuelas: «Aristóteles dijo, Galeno opina, la medicina es una ciencia, pero no lo es, sino un arte, ¿qué dice el texto? En absoluto, sino tal o cual». En todo caso, continúa, si es que tienes alguna idea posterior, pues ya me has persuadido.

CARDANO. No, soy yo el que te exige aquello que me has

prometido, es decir, que puestas a un lado todas las razones relativas al alma pases a consolarme (tal como pretendías).

5 ALBUZZI. Ahí voy, y noblemente lo intentaré hasta donde pueda. En todo caso, para confesar la verdad, quisiera de muy buena gana tener una sola razón de aquel Hegesias, quien tanto detestaba la fortuna de esta vida, que empujaba a los hombres a ir voluntarios al encuentro de la muerte.

10 CARDANO. ¿Acaso piensas que fue una gran cosa? Para nada: ¿en qué piensas, en efecto, que pudo ser vencido Cicerón en las *Tusculanas*? ¿Quién pudo ver en ese argumento lo que él no vio, o proferir lo que vio y pensó mejor y más elocuentemente que él lo hizo? Y, sin embargo, nada tal pudo hacer aquél, ni engendrar esa opinión en las mentes de los hombres.

15 ALBUZZI. Ni quizá lo hubiera deseado. Incluso Hegesias se pasó a la inmortalidad de las almas, como también Cicerón. Reconozco que hay una sola cosa que me parece difícil, a saber, ser capaz de persuadir sin recurrir a esa inmortalidad al joven y al adinerado de que la muerte es preferible a la vida.

20 CARDANO. Y, sin embargo, esto es lo que reclamo de ti: ¿cómo crees que pudo tocarle en suerte eso a Hegesias?

ALBUZZI. Si es verdad lo que dice Valerio Máximo, considero que no hubo en Hegesias nada de extraordinario, sino más bien una cierta elocuencia popular, que (como dice Eurípides) persuade más a los ignorantes, que aquella que consta de arte y razón.

25 CARDANO. ¿Qué oigo? ¿De dónde procede este milagro?

ALBUZZI. Te lo diré: puede ocurrir porque la elocuencia popular es más propia de idiotas, y a ellos los motiva más que el discurso espléndido y sobremanera adornado, y ello por cuatro causas.

30 CARDANO. ¿Cuatro causas? Yo reconozco que a esto apenas he podido encontrarle una durante todo el día.

35 ALBUZZI. /157/ Te las diré para que las sepas: |679b| la primera es que esta tosca elocuencia es percibida por aquellos que son de cortas entendederas mejor que las razones sutiles, además de que esos hombres se apoyan en fundamentos que a ellos les favorecen más. La segunda es que se trata de un discurso más desequilibrado (de lo cual también se da cuenta Quintiliano) y por ello sacude en mayor medida las mentes del populacho. La tercera es que los hombres menos graves (tal como creo que era aquel Hegesias, por lo demás un desconocido) dan auxilio a sus palabras con gestos —en
40 todo caso, reconocerás que son menos graves que Aristóteles,

Platón, Demóstenes y Cicerón–; de aquí que sacudiendo lo que sugieren mediante exclamaciones, lágrimas, suspiros, mediante la caída de la voz, apoyan esas bagatelas tuyas, las cuales tal como resultan ridículas para los sabios y los conocedores de las artes, así han de ser admiradas por los ignorantes, las mujeres y los niños. La cuarta es que tales individuos mezclan mentiras además de impudicias no dignas de fe. 5

CARDANO. Ahora lo entiendo, pero si en esta causa tienes algo más digno que ese Hegesias, sácalo.

ALBUZZI. Te lo diré con claridad, y de manera que un discurso parezca unido al otro. ¿Que otra razón sino que esta vida sería completamente infelicísima hay para que tantos hombres se suicidaran sin causa alguna? Pues cuentan que en el funeral de Otón muchísimos soldados se degollaron voluntariamente, a pesar de que no había nada que los urgiera a ello. El centurión que le había traído a Casio una respuesta tardía, se mató junto al cadáver de su señor. ¿Cuántos muchos libertos, siervos, mujeres –dejo a un lado a los parientes y los hermanos–, se suicidaron por sus señores, o por sus camaradas? 10 15

CARDANO. Pero quizá ellos estimaban que las almas son inmortales. 20

ALBUZZI. En absoluto: a pocos esto les ha persuadido hasta este momento; y a tantos menos como muchos son los que simulan creerlo. En todo caso, si esto es lo que les ha persuadido, se trata de algo propio de hombres honestos, ya sea por ser más simples, ya sea porque mediante su propio género de vida muestran la opinión que tienen. Pero quienes se mataron a sí mismos de esa manera eran todos hombres malvados y ateos, excepto uno, Catón, cuyo pensamiento (al menos cuando florecía) Dios lo conoce. Yo te concedo, no obstante, que creyeran incluso que las almas son inmortales: el propio dolor de la muerte equilibraba esa esperanza. Sin embargo, ahora la disputa no está en si el morir le es ventajoso a alguien, sino en si ello es mejor para los que ya están muertos, que para los que viven. Por tanto, ¿por qué semejantes hombres estimaron que la vida es peor que la muerte, si es que no podían esperar que la muerte fuera buena? 25 30 35

CARDANO. Esta razón sería plenamente persuasiva si hubiese muchos hombres de esa naturaleza, o sabios. Y es que tan sólo se considera digno de fe aquello que es probado por la mayoría o

especialmente por los sabios, ahora bien, aquí no se trata ni de una cosa ni de la otra.

5 ALBUZZI. En todo caso, acudiré adonde se me reclama, sea el sitio que sea. Ciertamente quienes viven nada tienen de más respecto a los muertos a no ser que están obligados a experimentar la propia muerte, que es entre los males el mayor y el más terrible, pues lo demás es prácticamente igual en vida: el miedo, la esperanza, el dolor, el placer, lo agradable, lo ingrato, lo dulce, lo amargo. Y es también excesivo que concedamos que las cosas buenas pueden igualarse a las malas, pues las malas suelen superar a las buenas en duración y magnitud. Añádase que las malas /158/ conmueven más que las buenas, pues las malas están situadas en el extremo, las buenas en el medio, y las malas en los sentidos, mientras que las buenas |680a| en la indolencia. ¿Qué fue lo que le prestó socorro a Cicerón con tantas riquezas como tenía (poseía, en efecto, más de trescientas mil coronas de oro), con tan gran poder, que era el tercero de Roma (después de Pompeyo y César, y tras morir Craso ya era considerado como el primero), con tantos amigos (se dice que veinte mil ciudadanos cambiaron su atuendo por su exilio), con tantas gestas de las que se gloriaba, con el Consulado, con el orden senatorial, con el Colegio de augures, y otras muchas magistraturas, con su hija aún fuera de peligro, con su hijo incólume, con el hermano, el nieto, con tantos libros bellísimamente escritos, finalmente con tanto conocimiento de cada tema filosófico, de ahí aquella incomparable elocuencia, con su cuerpo no sólo sano, sino robusto? Mira qué dice también de su ánimo, pues le escribía a Ático (le irritó la única injuria de su hermano, quien sin embargo iba a luchar tanto por la salud y la dignidad de Cicerón, que una falsa creencia en que él estaba muerto le protegió la vida, puesto que en aquella sedición yació como un muerto entre los muertos): «Te escribo esto el día de mi cumpleaños, que ojalá no hubiese alcanzado». Ves cuánto más nos afligen las cosas malas, por más que sean, pequeñas y pocas, que muchas buenas.

35 CARDANO. Eso que dices de que nada tienen los vivos frente a los muertos más que el hecho de que van a morir, lo reconozco, puesto que por eso mismo parecen más felices, es decir, porque quienes viven pueden conmutar su condición, mientras que quienes están muertos se ven obligados a retenerla, luego mejor es la condición de los vivos.

40 ALBUZZI. Es una objeción sutil y digna de ti, pero el propio

tránsito de esta vida es tan grave que todo el mundo, por lo que atañe a este punto, quiere evitarlo. Y es que si uno no puede regresar de la enfermedad a la salud, por ejemplo en el caso de que tenga una piedra en la vesícula (siendo ambos como somos médicos, y –como he dicho– profesores, usaré ejemplos médicos), a no ser que se le corte la piedra, ¿no prefiere que se le corte antes de que haya de llegar al punto final? 5

CARDANO. Pero si, a pesar de ello, va a enfermar más gravemente por el corte, ¿quién no prefiere que no se le corte antes que soportar inútilmente un dolor tal que se vea atormentado más gravemente? 10

ALBUZZI. En esto resulta, pues, la cosa, puesto que quien está muerto no puede tener mal: ¡cuánto menos algo peor! De modo que veamos si la vida es buena o es mala, pues si es mala, como la muerte es mala, y para los muertos no hay mal, como tampoco bien, la cosa será mejor para éstos por dos motivos: porque no están sujetos a los males de la vida, ni al dolor de la muerte. Si por el contrario es buena, vivir será mejor que estar muerto. 15

CARDANO. Bien dicho.

ALBUZZI. Pero veamos también esto: después de que están muertos, del mismo modo que si no han nacido nunca, sólo bastará con juzgar si para el hombre es bueno nacer. Así, en efecto, todo queda determinado por esta cuestión, pues quien nace, lo hace con la condición de que es necesario que muera. 20

CARDANO. Veo hacia dónde me arrastras, ya que quieres que yo me enrede a la vez en cuatro dificultades. 25

ALBUZZI. Más bien que las desenredes. Yo sé lo que quieres decir: primeramente, (como he dicho) Cicerón y /159/ otros muchos por levísimas causas desearon la muerte; en segundo lugar, contrapones a los bienes que poseemos el dolor de la muerte, la cual no es una parte pequeña de los malos, ya sea por sí misma, ya por el miedo; en tercer lugar, pones como objeción el dicho aquel del Filósofo: «Desear la muerte, y darse muerte a uno mismo es algo que pertenece a la debilidad de carácter»; como si fuera más duro soportar largamente los dolores de la vida, que la muerte y el no existir; y en cuarto lugar, aduces aquello de Sileno: «Lo mejor para un hombre es no nacer, [680b] y lo siguiente morir al mismo instante de nacer». Éstas eran, creo, las objeciones contra ti mismo que habías considerado, y ello porque verdaderamente se te podían hacer. 30 35 40

GIROLAMO CARDANO

CARDANO. Así es, pero las desharé sin profundizar. Más deseaba yo desarrollar mi propia doctrina y el examen diligente de cada punto. En efecto, lo que se aduce de Sileno es tan fabuloso que es, en definitiva, una mera fábula cuyo origen está en un animal fabuloso, y completamente inventado; y no considero que aquella frase sea necesariamente de Aristóteles, la cual, por lo demás, ningún peripatético menciona. En cuanto a lo de la debilidad de carácter, cierto es que se trata de debilidad de carácter no poder soportar el dolor, y matarse a uno mismo por ceguera y estupidez. La muerte no se afronta voluntariamente, sino que cuando te arrojas a ella, quieras o no quieras, te ves obligado a afrontarla; de donde vienen aquellos versos virgilianos:

5
10
15 y buscó con la mirada perdida la luz en lo alto del cielo, y gimió al encontrarla.

Y con más claridad allí mismo:

20 ¡Cómo desearían en el alto éter soportar ahora su pobreza y las duras fatigas!

ALBUZZI. Virgilio reprodujo las preocupaciones y las costumbres de las almas sórdidas, las cuales prefieren cualquier cosa antes que sufrir y soportar la muerte. De donde viene también aquello de: «Alegrías de la vida». El populacho vive de tal manera que no considera nada más importante que la vida; de esta forma prefiere las delicias corpóreas antes que el placer del alma. En todo caso, ¿quién sabe si el Poeta describe los afectos de los muertos por los muertos? Pero, sigue.

30 CARDANO. No quisiera aprovecharme de esto para mi causa (por decirlo así), sino para que no sea un obstáculo, como tampoco va conmigo eso que todos apetecen de manera natural, pues se trata de algo general. Por lo tanto, la vida es mejor que la muerte. Pero pasemos a otras cosas. Quien va a morir, no sufrirá cosas más duras que el que ya está muerto ha sufrido. Imagina que sobrevive, date cuenta de que la condición es igual: a no ser que él haya superado ya lo malo, aquí lo aguarda, y nosotros no comparamos con el muerto al que se está muriendo, sino al vivo que casi nunca esperar morir, el cual no piensa que haya ningún dolor en la muerte, pues por lo que se refiere al que se está muriendo no discutiré el que sea

GUGLIELMUS. DE MORTE

mejor el estar muerto que el morir. Y, por supuesto que muchos piensan que en la muerte no hay ningún dolor, puesto que el sentido se extingue juntamente con la vida. Y si esto es así, ¿qué objeción tendrías?

ALBUZZI. Leí eso una vez en tus libros *Sobre la consolación*, pero dudo de si desvanecerse es igual a morir, pues quienes se desvanecen, como no se duelen, así tampoco dan ningún signo de dolor; quienes se están muriendo, o bien entonces, o bien poco antes muestran signos de un /160/ fuerte dolor: son martirizados, se lamentan, están más que despiertos, tienen una mirada fija y feroz, se levantan, quieren salir, se aterrorizan, gritan. En todo caso, no aduzco otra cosa que ese *rhechmo* por el que se ven dominados largo tiempo, y no hay duda de que ellos sienten que se ahogan. Todas estas cosas son señales de que quienes se están muriendo no se duelen de una manera moderada, sino extrema. Pero si no quieres, no tengo qué decir. 5 10 15

CARDANO. Aristóteles escribió que los que llegan a la extrema vejez mueren sin ningún dolor, como si hubiera hablado con alguno de ellos tras la muerte. Gualterio Corbetta, al morir entre esputos de sangre, perdió la conciencia brevemente; cuando volvió, dijo que había experimentado tal dolor, que no podría haber uno mayor en la muerte, y que no quería revivir, pues sabía que iba a morir. Estos datos favorecen tu opinión. ¿Qué más? Yo mismo he muerto. 20

ALBUZZI. ¿Cuándo? Oh, ya sé, fue hace tiempo, [681a] pero no has muerto: ¿no te acuerdas de que esto lo leí en tu libro *Sobre la consolación*? 25

CARDANO. No; digo hace poco y de manera verdadera.

ALBUZZI. ¿Cuándo? ¿Bromeas o es que te has vuelto loco? ¿Podrás convencer alguna vez a alguien?

CARDANO. En la noche siguiente al siete de diciembre de este año de 1566. 30

ALBUZZI. ¿Cómo? ¿Lo dices en serio? Si en algún momento has muerto, ¿cómo es que vives? ¿Resucitaste?

CARDANO. A menos que pudiera demostrarlo, no me atrevería a revelar este prodigio. 35

ALBUZZI. ¿Qué prodigio? ¿Que estando muerto resucitaste?

CARDANO. No ése, sino otro.

ALBUZZI. ¿Cuál?

CARDANO. Habiendo padecido durante ocho meses una hernia intestinal del lado derecho, y siendo todas las ayudas perjudiciales, 40

GIROLAMO CARDANO

de repente, tras haber abandonado todos los medicamentos, sané como nunca antes.

5 ALBUZZI. Aunque esto sea sorprendente, sin embargo nada tiene que ver con una resurrección, pues ¿qué tiene que ver la hernia con la resurrección?

CARDANO. No resucité.

ALBUZZI. Y tanto: ¿no has dicho que has muerto, y vives? Luego has resucitado.

10 CARDANO. No he muerto, pero he experimentado el dolor de la muerte. Y ojalá pudiese explicártelo hasta el extremo de como yo lo percibí. Creo, además, que en los enfermos es menor el dolor.

ALBUZZI. ¿Por qué, entonces, no periciste? ¿Estabas dormido o despierto?

CARDANO. Dormía, pero me estremezco.

15 ALBUZZI. ¡Oh, dormías! Luego esto es un sueño.

CARDANO. No; por el contrario, sentí ese dolor que sé con total certeza que es muy similar a la muerte.

ALBUZZI. Y éste es el segundo prodigio: ¿dormías y no es un sueño, has muerto y vives, pero no has resucitado?

20 CARDANO. Bien dices, pero a veces en mí todo está por encima de la fe; o bien un Genio me conduce a ello sin saberlo yo, o bien se trata de un don de Dios, es decir, que pueda yo descubrir lo que apenas es conocido por ningún otro. Ciertamente no sé si tú te lo crees, pues apenas me creo a mí mismo.

25 ALBUZZI. Di cómo se produjo la cosa y por qué no periciste.

CARDANO. Sólo duró un momento, o (como dicen) un instante, y no hay duda de que si no hubiese durado un momento, yo habría exhalado mi alma.

ALBUZZI. ¿Qué es lo que se veía?

30 CARDANO. No puedo explicarlo.

ALBUZZI. Explica la serie de hechos.

35 CARDANO. /161/ Me pareció que alguien, no sé quién, decía: «Esto es un ejemplo de la muerte, éste el dolor». Por lo que me dije de inmediato: «Entonces no moriré ahora». Y en el propio pensamiento me pareció que se me extirpaba del corazón toda vida, y que se desvanecía en los aires, y al mismo tiempo se confundía todo, y que nadie estaba muy aterrorizado. Y en seguida me desperté del sueño. No obstante, me palpitaba el corazón, pero de súbito cesó; y lo que se disipaba desde el corazón era de vez en cuando más cálido de lo que era conveniente. Así pues, yo, que he visto el

40

prodigio o la señal de la hernia, fácilmente puedo creer que la muerte va a ser con toda seguridad así. Y más por la razón de que he experimentado que es verdadero el sueño aquél por el que era aconsejado de que si la esmeralda que llevaba colgada del cuello me la ponía en la boca, en el futuro me olvidaría de mi hijo: no de su muerte, sino que sería como si no hubiese sido él nada antes para mí. Yo, que he visto tales prodigios, y muchas otros, ¿por qué no ése que es de menor importancia, y muy verosímil? Y tanto más por estas dos razones, es decir, porque no tienes nada similar, ni tan terrible.

ALBUZZI. Te ruego que me digas si le has narrado a algún otro esto.

CARDANO. A nadie excepto a un criado. Pero, ¿por qué?

ALBUZZI. Deseaba [681b] saber qué es lo que opinaban de semejante cosa.

CARDANO. No se lo dije a nadie excepto a Ercole, un criado mío.

ALBUZZI. Magnos son y admirables estos hechos. Y si son verdaderos, se trata de un argumento bastante evidente de la inmortalidad de nuestras almas. Pero dime, ¿qué diferencia crees que hay entre la muerte de un hombre cuya alma revivirá de nuevo después de mil años, y la de aquél cuya alma, mientras tanto dormida, se despertará? Efectivamente, una cierta razón demuestra que este hombre será el mismo, pero aquél distinto; aunque no sabría qué decir, cuando la materia y la forma son las mismas en ambos casos, y el silencio en el tiempo intermedio es el mismo en uno y otro.

CARDANO. La operación y la esencia de las cosas son las causas de la diferencia; cuando son las mismas, parecen tener igual efecto. Sin embargo, tengo en este asunto un ejemplo bastante apropiado: pongamos que el Sol brilla a través de la ventana en dirección a tu habitación; allí habría dos páteras llenas de agua que el Sol iluminaría con sus rayos; desde cada una de ellas refulgiría en la pared un iris; ahora bien, uno estaría presente continuamente, no habiendo objeto que obstaculizara al Sol, mientras que al otro unas veces se le vería cubierto por un poste, otras veces descubierto, y de vez en cuando no se le vería. Por lo tanto, ¿nos preguntamos si en uno y otro caso hay un mismo iris? No hay más diferencia que el hecho de que uno se da continuamente, y el otro se ve interrumpido. Si dices que este iris es uno solo, di también que aquellos hombres que vuelven a nacer son los mismos; si no, no.

GIROLAMO CARDANO

ALBUZZI. Pero, ¿qué dices tú?

CARDANO. Sería una difícil cuestión, pero parece que es un solo iris.

ALBUZZI. Por lo tanto, has demostrado una resurrección que es verdadera en todos los casos: no sólo la de los hombres, sino también la de todos los animales, e incluso la de las plantas. Es más, según el sentido que tenía mi duda, con esto has demostrado completamente la inmortalidad de las almas, así que, sea como sea que se conceda, las propias almas son inmortales. Sobre lo que gira la duda es sólo sobre si mientras tanto las almas inteligen o no, pues el que existan o no nada importa en absoluto, ya que el medio y los extremos son muy parecidos. Y es que, mientras aquellos hombres viven son los mismos /162/ comparados de una y otra manera, como mi yo de ahora y el del pasado somos los mismos; si hablamos del tiempo intermedio, el silencio es igual lo mires por donde lo mires, ya sea que el alma sobreviva, ya sea que no, pues no entiende aun en el caso de que exista. Por lo tanto, todo este cuestionamiento puede separarse en dos miembros, es decir, o bien las almas sobreviven e inteligen separadas del cuerpo, o no; y ello especialmente porque si no sobreviven en acto, sin embargo existen en potencia; y así cualquiera, cuando muere, vuelve con total seguridad a aquella condición con la que existió antes del nacimiento; y al volver de nuevo sólo cambia la fortuna. Así pues, de esta manera poco importa si morimos con hijos, o no, pues en la *pal iggenesia* los que tuvieron no los tendrán, y los que no tuvieron los tendrán; y matarán muchos a aquellos que en otra ocasión fueron parientes suyos, e incluso hijos.

CARDANO. Me place, sin embargo, demostrar esto de manera más clara.

ALBUZZI. ¿Tienes algo mejor?

CARDANO. Así lo creo.

ALBUZZI. Habla, te lo ruego.

CARDANO. La materia prima está en potencia (por usar un término y una manera de decir más frecuentada que latina) respecto a todas las formas, y toda parte de aquélla que no está en acto. Por lo tanto, si la materia de Sócrates, cuando Sócrates estuviera vivo, estuviese en potencia de asumir una forma humana, otro Sócrates u otro hombre podría ser generado; no el Sócrates que ya existía, ni otro, pues nunca se produce el tránsito de un individuo a otro en la misma especie. Así que, cuando al morir Sócrates perece el acto, se

produce la potencia en [682a] la materia con respecto a la forma humana, o no se produce. Si no se produce, entonces aquella parte de la materia deja de poder estar bajo la forma humana; y también de la misma manera cualquier otra parte; y cuando la materia entera alcance el fin, se extinguirá la potencia respecto a la forma humana en toda la materia, y de esta manera el género humano dejará de existir en algún momento. Pero si no se extingue esa potencia, o bien será una potencia hacia alguien distinto de Sócrates, y así pudo incluso existir mientras Sócrates vivía; y si es una potencia hacia Sócrates, entonces como no podría verse frustrada en la especie, estará de nuevo bajo una forma humana, y así otra vez existirá Sócrates. Tal como las partes del cielo están en potencia con respecto al lugar, así igualmente las partes de la materia con respecto a la forma; y como las partes del cielo con respecto al movimiento, así las de la materia con respecto a las mutaciones. Ahora bien, tal como el Sol siempre está en potencia respecto al primer punto de Aries, a pesar de que no está en él, y así también las partes del cielo lo están respecto a todo otro punto, por lo tanto cualquier parte de la materia está en potencia infinitas veces respecto a la forma humana, y el mismo hombre será generado infinitas veces.

ALBUZZI. Quizá alguien diga que esa potencia hacia la forma humana se da también en la totalidad y en cualquier parte de la materia, igual que la que hay en la ceniza hacia la lejía.

CARDANO. Por lo tanto, o bien la materia de Sócrates está en potencia hacia el género universal, o hacia cada individuo. No puede suceder que lo esté hacia todos, pues Platón no podía ser Sócrates, y no difieren sino por la materia: así que la materia de Sócrates no es capaz de Platón, por lo tanto no está en potencia hacia todos. Ahora bien, tampoco está en potencia hacia algunos, pues por sucesión lo estaría hacia infinitos, y así siempre estaría hacia éste porque no lo está hacia aquél, pero esto no puede ser. Por lo tanto, el resultado es que esté en potencia hacia uno solo, esto es, hacia Sócrates: así pues, Sócrates siempre /163/ volverá en la misma materia.

ALBUZZI. Me resultarían satisfactorios tanto la opinión como el argumento si no fuera porque este regreso futuro parece bastante tardío, y después del Año Magno, es decir, después de 36.000 años. Además, el regreso del Sol, dado que es por partes no conmensuradas, nunca será quizá al mismo punto; sé, en efecto, que esto tú lo has demostrado en el libro undécimo de tu *Aritmética*.

CARDANO. No escribimos lo que queremos, sino lo que es verdad, pues como ya consta que la materia de Sócrates no tiene sino una sola potencia a una sola especie, si tuviera esa potencia en dirección a cada individuo y a diversos, habrá infinitas potencias, y orden y confusión; si a un solo individuo, entonces no puede ser sino a Sócrates.

ALBUZZI. Yo diría quizá en dirección al hombre, no a Sócrates ni a Platón.

CARDANO. Por lo tanto, a cualquier hombre, y de esta manera yo no diferiré de ti por la materia. Dicho en pocas palabras: toda otra vía es la confusión misma. Por otro lado, ¿qué importancia tiene lo del tiempo? Quizá es porque una parte del alma del mundo tiene allí apetito, lo cual es verosímil, puesto que no es inferior aquella materia que no carece de apetito. Pero te ruego que vuelvas al discurso fijado.

ALBUZZI. Has liberado mi mente de una larga modorra, pero el libro aquel de Platón o de Luciano (pues ha sido atribuido a uno y a otro), de nombre *Axíoco*, dará satisfacción a esta tarea que me exiges, pues allí se pasa revista a las miserias de la vida humana, hasta tal punto que finalmente aquél se ve obligado a desear la muerte. ¿Qué más adecuado para esta labor? A no ser que me exijas que en elocuencia supere a Platón.

CARDANO. No. Sin embargo leí ese libro, y espero de ti cosas mejores, si es que es posible añadir a lo que se ha descubierto.

ALBUZZI. Tolerarías al menos que siga aquel orden, y explique sus razones, y las pula. Bien está, en efecto, «nadar con |682b| corcho».

CARDANO. Haz como te parezca, con tal de que escuche algunos argumentos nuevos y mejores.

ALBUZZI. Lo haré hasta donde pueda, si bien se trata de una carga sin par. Primero considera aquello de que nuestra vida es de mal agüero, como quiera que siempre comience del llanto. El bebé, cuando ha nacido, al instante aprende a llorar, y a reír no aprende sino después de cuarenta días. ¿Qué señal puede haber más cierta y más evidente de nuestra infelicidad, cuando toma su inicio del llanto? Y no creas que esto es fortuito; al contrario, el bebé ríe en sueños, acordándose –creo– del placer y de la vida anterior, pues ¿por qué otras cosas puede reírse entonces, cuando lo que ve ni lo reconoce ni lo entiende? En todo caso, se duele de haber venido a este mundo, y se hace augurio de la miseria. De esto diría yo más

cosas, pero temo que recaería en el discurso de la inmortalidad de las almas, del que estoy completamente obligado a abstenerme a petición tuya. Pero, para proceder de la manera más breve posible, no voy a realizar un discurso acerca del comienzo de esta vida; y es que no hay nadie que alabe tanto este mundo, que no deteste y aborrezca de los excrementos, los pañales, y aquella incomodidad de los bebés (en donde hay un sentido agudísimo, y la defensa o tutela es nula). 5

CARDANO. No te afanes. La infancia se tolera por la juventud, no por sí misma: ella es más tétrica que cualquier cárcel. Pues en ese período hay que conocer muchas cosas, /164/ leer, escribir, hablar con los amigos, buscar lo que deseas, esculpir, moverse o el alimento tiene poquísimo poder: para un niño todo es malo, y no hay descanso alguno. 10

ALBUZZI. Acudo a la adolescencia: allí a los tormentos se añade los escarnios de la edad, puesto que a menos que uno sea de espléndida fortuna, o más acerba que su padre, se ve obligado a soportar toda clase de males. Los adolescentes son azotados desnudos, ayunan, están en vela, trabajan, son objeto de burlas, son heridos a puñetazos, están obligados a aprender, a estar en la escuela elemental como atados por los pies, cada día se ven debilitados por el hambre, por el calor y por el frío; no hay placer que no se les eche en cara; de aquí las amenazas, de aquí las riñas, en los chavales ingenuos más graves que las amenazas. Se ven obligados a sustraer furtivamente todas las cosas. ¡Oh calamitosa vida en la que todos los adolescentes perecerían si no se recrearan en la esperanza de entrar en la juventud! Omito la vejez, en la que nadie que sea honrado y esté en sus cabales quiere estar, aún defendiéndola Cicerón, y no puedo condenarla mejor que lo hizo aquel autor: «Escapando ya de aquí nos sorprende la vejez, a la que confluye todo cuanto es enfermo y de frágil naturaleza. Y a no ser que uno devuelva la vida más pronto que se devuelve un as ajeno, la naturaleza, cerniéndose sobre la cabeza, como un prestamista reclama su usura: de uno la vista, de otro el oído, muy a menudo una y otra cosa. Pero si alguien se retardara en el pago, lo debilita, lo martiriza, lo priva de sus miembros. Así pues, otros a su extrema vejez volvieron a ser niños, y en cuanto a su alma dos veces niños se hacen los viejos». Añádase lo que ve, lo que padece mientras tanto: las costumbres de los suyos, el luto, las injurias, molestias de todo género. Pero evitemos acusar a aquello que se vuelve más leve que 40

GIROLAMO CARDANO

la acusación misma, pues si quisiera recordar la caída de los
dientes, el hedor de la boca, el escarnio, no encontraría nunca el fin.
Maldecir a la vejez es querer degollar a los muertos. Continuar con
las otras edades, exceptuada la juventud, es completamente inane y
5 superfluo. En efecto, si la juventud no es buena, ¿qué edad podría
ser alabada? No quisiera usar de los testimonios de los poetas que
aduce aquél; serían por ti considerados como una carga, tal como
aquello:

10 |683a| ¡Qué miserable hilo de vida tejieron los de arriba para los
mortales, de modo que pasen la vida entre toda clase de aflicciones!

Y de nuevo:

15 De todos los seres que respiran y se arrastran por la tierra la
suerte de vida del género humano es la peor.

Pero, al contrario, de Anfiraao:

20 Júpiter ama a éste con toda su alma, también el gran Apolo, y no
llegó al umbral de la vejez.

También está aquello:

25 Que llore el recién nacido que entra en una vida llena de tantos
males.

/165/ No obstante, he querido añadir esto por venir especialmen-
te a propósito, ya que te dueles de la muerte de un adolescente por
30 haber sido arrebatado demasiado pronto. ¿Qué digo? Es como si
hicieras más que dolerte por él, y de él te compadecieras. En todo
caso, no omitiré aquellas dos historias que narra allí. Por un lado la
de Agamede y Trofonio, quienes cuando edificaron el templo de
Apolo Pitio, como gracia que pidieron para que se les recompensa-
35 ra solicitaron perecer esa misma noche. E igualmente, tras haberle
pedido a Juno la madre de unos adolescentes que habían cargado
con su estatua en lugar de los jumentos que les concediera lo mejor,
ambos murieron esa misma noche sin enfermedad.

40 CARDANO. Magnos testimonios, si es que son verdaderos.
Pero, ¿quién sabe si no murieron aquellos dos por la gran fatiga y

los otros por envidia, tras dárselos un veneno, y a partir de ese punto se produce el giro hacia la religión? No requiero de razón alguna a partir de la cual admitiéramos que el alma de cada uno sobrevive a la muerte; no busco auxilio de ahí. Parece que todos estos testimonios tienden a remitir la muerte a un regalo de los dioses, como si las almas sobrevivieran. 5

ALBUZZI. Dejaré esto a un lado y proseguiré. Considera primero eso de que los que viven, si es que quieren juzgar correctamente el asunto, dado que ni siquiera tienen segura una horita, habiendo tantos peligros inminentes por todas partes no sólo para ellos, sino para sus hijos, sus hermanos y para aquellos a los que más aman, viven completamente desgraciados. Si alguien considerara las enfermedades, las tejas, los rayos, las caídas, las ruinas, los lanzamientos fortuitos de piedras, las insidias, los enemigos, los animales venenosos y los medicamentos, no viviría nunca sino de una manera completamente desgraciada. Lo que alivia la miseria es la estulticia, y la propia *ableyia*, la cual nos permite vivir agradablemente entre tantos males, de modo que es pertinentemente alabada por algunos oradores. Pero, ¿qué hay más importante que los azares? ¿Te acuerdas de cuando aquí en la ciudad uno que compraba un poquito de aroma, al rechazar como si se tratara de un adulterio un cuadrante áureo, fue golpeado por esta sola causa por el de la perfumería con un pestillo de hierro y murió al instante? No he visto a pocos perecer por causas de esta índole sin que concurriera un montante mayor. ¿Qué puede ser más infeliz que esta vida? Es más, ¿quién es ese cuyos miembros, todos ellos, gozan de buena salud? Casi nadie hay. Una cosa diré: sólo el temor a la muerte y la costumbre hacen que no nos suicidemos todos por estas calamidades: así las soportamos, tal como si estuviéramos completamente avocados a padecer aquello que es deplorable. Nos liberará la muerte (solemos decir). Si su llegada fuera más querida, si no hiciese tanto acopio para sí, si fuese dudoso si no va a venir nunca, muchos correría a su encuentro. ¿Por qué viene acompañada de tan gran sufrimiento? Porque si esto no se hubiese hecho así, casi todos se matarían con sus propias manos. Puesto que, a pesar de todo, muchísimos lo harían, también por las leyes está prohibido el suicidio. Si la cosa no fuese deseable, en absoluto sería sancionada por muchas leyes. 10 15 20 25 30 35

CARDANO. Este argumento lo menciono en el *Theonoston*: [683b] la naturaleza, en efecto, ha puesto una cerca de muerte entre 40

esta vida y la muerte tan dura y espinosa con el fin de contener a los hombres del tránsito. En efecto, ¿qué hubiese supuesto disponerlo todo de cara a una potente ayudita, de tal manera que la llegada de la muerte fuese muy semejante al sueño? Todos morirían a una edad inmadura, y el género de los hombres se acabaría.

5 ALBUZZI. ¡Bravo! /166/ Has traído a la mente otro descubrimiento bellissimo, y más digno que ese primero, según estimo, es decir, hemos hallado la causa por la cual el mismo creador ocultó tanto aquello que tenemos antes de nuestro nacimiento, como lo de
10 después de la muerte, pues por una cosa entendemos la otra: es para que los hombres al saber eso no corrieran hacia la salida de esta vida; además de para que no hiciesen el bien obligados, y vivieran conforme a la virtud. En efecto, aquel joven ambraciota que tú también mencionas, tras leer el *Fedón* de Platón se precipitó desde
15 el muro, para correr en pos de esa vida, que es sin embargo fabulosa. ¿Qué ocurriría si hubiese constancia de eso? ¿Qué cárcel podría levantar un príncipe en la que los forzados se contuvieran en esta vida?

20 CARDANO. ¡Oh bello descubrimiento, bella razón! Es un deleite, continúa.

ALBUZZI. Omito la mala salud, y los peligros. Sometamos a examen el tipo común de vida: ¿piensas que es poca cosa ponerte y quitarte todos los días la ropa? Los indios le dan a esto tanta importancia, que muchos de ellos, puesto que pasan la vida desnudos,
25 elegirían la muerte antes de esta perpetua servidumbre. De ahí a las noches insomnes; en el invierno el frío, en el verano has de asarte de calor; las pulgas, los mosquitos, las moscas, los tormentos del verano; los piojos, los chinches todo el tiempo. ¿Qué puedes pensar que sea más repugnante o más molesto? Pero, de nuevo, me callo estos fastidios. ¿Qué decir de las comidas y las bebidas? ¡Cuán repugnantes todas! Las criadas, los cocineros, ¿con qué manos las
30 tratan? Encontrarás cabellos, moscas y algunas cosas más sórdidas. Cada día piojos, pulgas, gusanos incluso, la carne pútrida, el pescado pasado, el agua sucia del pozo, el vino se exprime con los pies de los campesinos, el niño deja las letrinas y pasa a la mesa sin lavarse las manos. Hay un solo remedio: no pensar en nada; si lo pensaras, de inmediato enfermarías. Pasemos por alto estas cosas, alleguémonos a los criados. Nada hay más miserable: se enfurecen, roban, se alían, maldicen, conspiran, nada más duro que esta lucha,
40 tanto que a muchos he visto muertos por este dolor; otros muchos

llegaron a la desesperación: casi no hay casa que carezca de este mal. Y cuanto más opulento y más potentado se es, tanto más oprimido por esos males. ¡Oh cuán terrible cosa es la contumacia y la discordia de los domésticos! Nada peor, nada más amargo. En las casas de los príncipes es tan grande esta miseria, que al palacio lo llamarían la sede de los condenados. Esta condición es tan abominable, que nada peor le puede pasar a un hombre: aquella pugna es perpetua, las insidias internas, el dolor y el suplicio asiduos. Y si entre estos males están la mujer y los hijos, entonces perecemos a miles en un día, y la vida se hace tan odiosa, que así nadie quiere vivir. Piensa cuál es el ánimo de ése cuya mujer comete adulterio, o cuyo hijo perdido por el juego y el libertinaje es un viva la vida. ¡Oh suerte infelicísima de los hombres! Otros animales no conocen la descendencia o el matrimonio, y los que los conocen, como las tórtolas y los delfines, ni tienen esposas adúlteras, ni hijos díscolos, de modo que el existir del hombre es el más miserable, y supera toda calamidad. Quizá digas que él se deleita mediante los sentidos. ¿Qué novedad percibimos? A diario el placer del hombre viene por la contemplación de las mismas cosas, doce o poco más: el cielo, la tierra, las casas, el Sol, la Luna, los astros, los campos, los ríos, a los hombres, [684a] los caballos, /167/ los bueyes, los perros. Ésta es quizá la suma del placer, volver siempre a las mismas cosas. Y lo mismo del oído, e incluso en este caso es más evidente. ¿Qué decir de los otros tres sentidos, que parecen haber sido creados más para el dolor que para el placer? Te me opondrás con la ciencia. ¿Quién sabe más que tú cuán pocos son los que se dedican a las letras? Después este saber nuestro, ¿cuán más parecido es a una fábula y a un castigo, que a la ciencia? Oscuro, imperfecto, confuso, dudoso, inane, fatigoso, leve, es decir, que ha contraído toda clase de vicios. ¿Qué placer hay en fatigarse durante tanto tiempo para no saber nada, o incluso para engañarse grave y perniciosamente? Después, ¿de cuántas y cuán importantes cosas hay necesidad para llegar a la ciencia? Primeramente hay que aprender los elementos, después la gramática, después la dialéctica, escribir, discutir, dedicarse a la filosofía: ¿tantas y tan importantes cosas para que entiendas un solo y mísero discurso en parte falso, en parte inepto, siempre incierto? Pero dejemos a un lado este placer que estaba bien lejos de aquel adolescente tuyo. Aluguémonos a la culminación de la felicidad juvenil: el amor y el placer sexual, en los cuales aquél (según oigo) murió pobre. ¿Qué hay que

sea más infeliz a nuestra edad? Amar con dolor es ponerse al servicio de una mujer desvergonzadísima. Ahora me parece que es adrede el que una pésima calamidad se haya mezclado con ese máximo placer, me refiero al hecho de que eso único que es para los hombres dichoso se pierde por completo: hablo de aquella epidemia índica, tan pernicioso, contumaz, inexpugnable, repugnante y horrible, muy parecida a la elefantiasis; incluso hay muchos que creen que es esa misma enfermedad. ¿Qué más podemos esperar, cuando incluso hay pocos reyes que carezcan de este mal? Acerquémonos a las ocupaciones civiles: ¿qué hay peor que esto? ¿Qué región está actualmente segura? Son disidentes entre sí y luchan príncipes con príncipes, ministros con ministros. Mejor es ser un corzo que un hombre: ambos están en peligro, ambos pueden ser tranquilamente matados, pero el hombre vive en una condición peor, puesto que él, mientras tanto, teme que sea apresado más fácilmente, que sea torturado durante más tiempo y de muchas maneras. No está segura tu mujer, ni tus hijos, ni tus riquezas por la injusticia de los ministros. Pocas son actualmente las provincias inmunes a este mal, tal como se ve ahora en el caso de las casas de los potentados, de las ciudades, de los pueblos. El rico se ve obligado a exponer lo que tiene. El pobre lo que se ve obligado a dar no lo tiene. No sabrías si es más miserable mendigar a pesar de que eres rico, o no verte seguro a pesar de ser pobre. En otro tiempo había quienes los romanos llamaban ‘no censados’, y los griegos ‘**adwral egetoi**’; ahora nadie es así; es más, cuanto más pobre, tanto más oprimido. En definitiva, ¿qué pobre puede sufrir esto, o qué bueno verlo? Los dioses me libren a mí y a todos los honestos de la muerte, pero habría sido un más grato regalo el no nacer para vivir así y así morir. Siempre ha habido esto, pues no me quejo de esta época, ni culpo a los príncipes; digo que siempre ha habido esto, es decir, que los peces mayores se zampen a los menores. ¿Qué esquina del mundo es inmune a esta calamidad, de modo que no te veas obligado o a hacer el mal, o a sufrirlo? ¡Oh suerte humana! Pues (como he dicho) no critico a los tribunales de justicia, ni a los magistrados, sino a una suerte tan amarga que estamos /168/ obligados a ser míseros de una y otra forma. ¡Oh infeliz condición nuestra! Pero dejemos de lado esto, con tal de que entiendas que debemos alegrarnos por los muertos, y condolernos por los vivos. ¿No te conmueve eso por lo que dicen que Demócrito se cegó a sí mismo, es decir, porque los óptimos lo pasan mal, pero los pésimos

GUGLIELMUS. DE MORTE

son felices, y te oprimen [684b] y se ríen de ti? ¿Acaso puedes soportar esta injuria, esta desvergüenza, esta injusticia, y vivir? Si hay que vivir al arbitrio ajeno, y al de los más pésimos hombres, ¿qué muerte puede ser peor que esta vida, o qué vida no es más miserable que esta muerte? Sería suficiente con esto solo entre tan grandes calamidades para afrontar la muerte, ¿o es que no envidias por todo esto a los que ya están muertos? ¡Oh nimio amor de esta luz! ¡Oh estúpido pensamiento! Si es que no juzgas por esto solo a los muertos como felices, es decir, porque carecen de toda miseria, de todo miedo. Convengamos en que los bienes se equiparen a los males, lo cual sin embargo nunca darás por sentado, pues ni en multitud, ni en magnitud, ni en perseverancia podrán ser iguales. Pero convengamos en que lo sean: ¿te quitarás de encima el temor y la sospecha? ¿O es que combatirás todo esto con la fe, la cual, si bien es el solaz del miserable, como suplicio menor que es, ella misma sin embargo es por sí un tormento, y no leve? Quien espera siempre teme, aguarda en vano, está perpetuamente ansioso. Dejo a un lado cuántas desgracias les ocurren a aquellos desgraciados que viven en medio de las turbulencias de la religión, en donde no hay nada que esté seguro, ni tranquilo. Dejo a un lado las calamidades a gran escala: la peste, las batallas, la penuria, el terremoto, la inundación y seiscientos males. ¿Y dudas de si es mejor estar muerto que vivir? ¿Acaso crees, amigo mío, que por un error de la naturaleza nuestra vida ha sido hecha tan breve que no puede superar la vida de las cornejas y de los ciervos? ¿Qué injusticia, qué demencia fue la de la naturaleza? Nos ha dado en suerte trescientos años de vida, pero la perpetua ansiedad en la que vivimos y la debilidad que causa esto en nuestra naturaleza la hacen breve; incluso en el caso de que el hijo no sea tan cuidadoso, sin embargo por justicia hereditaria le cae en suerte una vida breve, puesto que el padre, el abuelo y el bisabuelo vivieron en esa perpetua molestia, y no sólo ellos, sino también la madre, el abuelo y la abuela maternos, y los bisabuelos. ¡Ay de la infelicidad de nuestra situación, vivir siempre en la ansiedad y las preocupaciones! ¿Qué digo vivir? Languidecer. Por eso dicen que Aristóteles al morir afirmó aquello: «Suciamente entré en este mundo, viví lleno de ansiedad, perturbado salgo de él: causa de las causas de mi desgracia». ¿Qué más sabio, si es que lo dijo? ¿O qué más verdadero, incluso en el caso de que no lo dijera? ¿Quién de sano juicio podrá lamentarse de abandonar esta vida molesta, que sólo es ansiedad?

CARDANO. Me ha persuadido este discurso tuyo, proferido desde un ánimo amigo, óptimo igual que la opinión que de ti tengo y unido como está a esa vehemencia. Y no dudo de que en el caso de que aquel muchacho también exista (a menos que sea desgraciado, lo cual es imposible), y quien piense que él regresará al mundo de los vivos, no lo rechazará; ni dudo de que sea necesario por muchas razones que él (a menos que se vea coaccionado) no quiera aceptar esta condición, ni dudo de que esto se identifique con aquel dicho virgiliano cuando habló de las almas que de nuevo iban a volver: «Y beben largos olvidos»: como si dijera que, a menos que nos engañara un gran olvido, nadie habría que quisiera regresar al mundo de los vivos, a tan gran miseria, a tantos peligros, /169/ a tan dura servidumbre. Estamos obligados a servir a los sentidos, y cuando los hemos servido, se presenta la infamia, y los peligros, y el arrepentimiento; si rehusamos, seremos torturados perpetuamente, hasta que sucumbamos. ¿Qué tiranía es ésta? ¿Qué injusticia? Pero continúa, te ruego que si tienes otra cosa la añadas.

ALBUZZI. Tú mismo has rellenado al completo las partes que me corresponden, y me alegro no por mí, sino por ti, y de que te hayas persuadido. Sin embargo, había omitido yo aquella esperanza casi perpetua, las delicias de las comidas y las bebidas, las cuales son las únicas en las cuales los ricos han hecho descansar su felicidad, pues saben que los placeres sexuales son abolidos por la vejez; y si lo intentaras, además de que las mujeres te rechazarían, a ellas |685a| y a los jóvenes les servirías de burla. Las riquezas no aportan por sí mismas el placer. El juego de azar deleita poco al anciano; y si perseveraras, no es que se burlen de ti, es que te ridiculizan. La autoridad del magistrado, su ejercicio, todo se ve debilitado con la vejez. ¿Qué digo debilitado? Muerto. También la familiaridad con los príncipes es algo que cae completamente en el olvido: eres objeto de risa, eres rechazado, eres evitado. En consecuencia, tan sólo en el placer de la comida y la bebida descansa la esperanza de felicidad, y por ello toda la alegría, pues no puede ser alegre sino lo que es seguro, y sólo esto es seguro: el poder disfrutar del placer del gusto por siempre. Pero mira también cuántas cosas malas se mezclan con este bien tan exiguo: primero no le conviene a los pobres, pero además es que el paladar se corrompe con la vejez; después, si no colmas el deseo, especialmente el de la bebida, la cena se vuelve tantálea; si lo colmas, te sientes pesado, y por un placer brevísimo te ves atormentado por un largo dolor. ¡Oh infeliz

GUGLIELMUS. DE MORTE

estado, y además vergonzoso! Pero di 'amaré'. ¿Acaso tu discusión acerca de la ventaja de la vida se lleva a cabo en el terreno de la recta opinión, o en el de lo que piensa el populacho?

CARDANO. En el de la recta opinión.

ALBUZZI. Aquí es adonde quiero que vengas, y en donde deseaba que estuvieras, pues ¿qué placer puede ser verdadero si no posees el objeto de tu deseo? ¿Qué vida es, en efecto, estar en un tormento perpetuo? Y es que tampoco nadie en sus cabales desea vivir por siempre consumido, o con un carcinoma, o tísico, o hidropésico, y tanto más cuanto que lo que va a resultar como final de estas enfermedades es la muerte. 5 10

CARDANO. Lo reconozco, es así.

ALBUZZI. Ahora bien, las torturas del alma son mayores que las del cuerpo, y efectivamente por las torturas del alma muchos eligieron para sí la muerte; por las torturas del cuerpo poquísimos, es más apenas uno solo o dos se lee que afrontaron una muerte voluntaria. Además, las torturas del alma nunca abandonan al hombre, mientras que las del cuerpo no pueden ser perpetuas: o bien matan, o bien remiten. Por otro lado, las torturas del alma tocan de lleno a la persona, mientras que las del cuerpo, si alguien las lleva con paciencia, son exactamente como si no existieran. Además, las torturas del alma no reciben medicamento, no se alivian con medicinas como las del cuerpo. Finalmente, el dolor del alma, y su causa acarrearán el menosprecio y muchos males externos, como los de la injuria, o la repulsa, o el juicio injusto, pero el dolor del cuerpo supone la conmiseración sin menosprecio. Por lo que si esto es así, es mayor el dolor del alma que el del cuerpo, y angustia más. 15 20 25

CARDANO. Lo reconozco.

ALBUZZI. ¿Acaso ves a dónde te he conducido? 30

CARDANO. No, ciertamente.

ALBUZZI. Si las torturas del alma son mayores y más dignas de que por ellas afrontemos /170/ la muerte, que las del cuerpo, y por las torturas del cuerpo es digno que afrontemos la muerte, necesario desearla, común el soportarla, alegre quitárselas de encima muerto (si es que se puede decir así), ¿por qué no también por las asiduas torturas del alma? ¿Me comprendes? 35

CARDANO. Te comprendo, pero no alcanzo a dónde pretendes llegar; en todo caso, te presto mi asentimiento.

ALBUZZI. Lo pondré de manifiesto tan sólo con dos palabras: 40

GIROLAMO CARDANO

quien padece la injuria, quien no mantiene su estima, se ve perpetuamente atormentado. De ahí aquella expresión ciceroniana: «¿Por qué quieres vivir cuando no eres lo que quieres ser?» ¿Lo entiendes ya?

5 CARDANO. ¡Ay, cuan bellamente has desarrollado este asunto!

ALBUZZI. Tú sólo piensa si aquél podría retener su estima, si es que en estos tiempos en los que yo y tú apenas podemos [685b] vivir seguros, y protegernos, él podría llegar hasta la vejez sin injuria, y entenderás que en la muerte es feliz.

10 CARDANO. Desarrolla las demás partes que has asumido, pues en ésta bien que me has satisfecho.

ALBUZZI. ¿Qué partes?

CARDANO. Que demuestres también que no me hubiera beneficiado a mí el que viviera, y por ello tampoco a ninguno de los dos, ni a los suyos.

15 ALBUZZI. Lo haré, por Hércules. Pero quiero que me concedas, ya que me urges, que si concurre algo que tenga que ver con la primera parte, pues es la más importante (a saber, no es digno que Girolamo Cardano se duela por su causa, y esté de luto), pueda yo entremezclarlo.

CARDANO. Me parece bien.

20 ALBUZZI. Entonces, de inmediato se me ocurre otro género de argumento por el que alguien en sus cabales debe preferir la muerte, aun en el caso de que no se vea vejado por ninguna calamidad o preocupación. ¿Acaso no son considerados felices los que han muerto felices? ¿Y miserables aquellos que han muerto en la miseria? ¿Decimos que Alejandro y César fueron felices, mientras que Príamo desgraciado? Por ello hay quien pone en duda si Príamo, en el caso de que se hubiese muerto antes de la muerte de sus hijos, podría haber sido calificado de feliz, y hay quienes fijan eso antes de la muerte, según aquello que dice el Poeta:

35 Hay que esperar
siempre el último día de un hombre, y a nadie se le debe llamar
afortunado antes de la muerte y de las honras fúnebres.

40 Por lo tanto, cuéntese entre los bienes el prevenir las calamidades de la desventura, y sea situado en el lugar de un beneficio el que, si el padre y el hijo van a ser condenados, el padre sea matado antes. Por ello, según Plutarco, cuando los hijos y la mujer de

Cleomenes fueron llevados al suplicio, y la madre no pudo conseguir que la mataran a ella antes que a sus hijos, Estrasíclea (pues así se llamaba) dijo: «**teḗkna poi=emoḗ ete;**» esto es, «Oh hijos míos, ¿hacia dónde os habéis ido?» Un mísero beneficio consideraba que era ser matada antes que ellos, si lo hubiese conseguido. ¿Por qué 5
quien con la muerte previene todos los males no debe ser llamado feliz y afortunado? Y es que no hay ni un solo mortal al que no le ocurra alguna miseria si llega a la vejez; y si lo hubiera, a ése le diremos nacido de Júpiter y Juno. Por este motivo, los poetas, según creo, dijeron que de ellos dos no nació ningún hijo, pues 10
nadie está libre de cualquier calamidad. Así pues, ¿qué más feliz le puede suceder a un hombre que el morir de tal manera que no puedas ser infeliz? Pero acudo a tu razonamiento. /171/ Si algo puede o ha de ser para ti penoso, ocurre por una de dos: o bien por amor, que es más general que la amistad (por eso ignoro cómo lo 15
dividieron en amistad y en ese amor que es la causa del placer y de la utilidad; en todo caso, omito buscar las asperezas y los nudos), o bien por conveniencia. Ciertamente por ninguna de esas dos causas debes darle a aquél tanta importancia que te duelas y te aflijas por él, pues por un coste menor podrás encontrar, por lo que se refiere a 20
la utilidad, a otro, y más en razón de que sobre otro mandarás más libremente que sobre éste, ya que por caridad lo respetabas y aquél por seguridad más fácilmente delinquía.

CARDANO. No digas eso, amigo mío; nada había más íntegro, más fiel, más humano, más paciente, más obediente que ese muchacho. 25

ALBUZZI. Todo de derecho. Pero, entre estas cualidades, ¿qué es lo que pones por delante?

CARDANO. Para empezar, él me amaba mucho.

ALBUZZI. Yerras por dos veces. ¿Cómo lo sabes? ¿Qué tiene 30
que ver eso con la cuestión? Pues ahora estamos tratando de la conveniencia.

CARDANO. Era vigilante y diligente, honrado.

[686a] ALBUZZI. ¿Cómo lo sabes? El amor aboga por esto, no la realidad misma. Tengo argumentos en la dirección contraria, 35
pero no ha convenido aducirlos.

CARDANO. Que se aduzcan. Probablemente no hagan por aliviar mi dolor.

ALBUZZI. No es necesario; y ello porque, al tratarse de la comodidad, sería sumamente vergonzoso querer consolar a Carda- 40

GIROLAMO CARDANO

no, despreciador como es no sólo de todas las comodidades, sino también de muchas cosas necesarias.

5 CARDANO. Era sobre manera fiel, tanto como no se puede ser más, conecedor de mis costumbres, paciente, laborioso, humano, modesto, diligente, obediente, amante de mí y de los míos, púdico, pío, no obsceno, ni soez, ni incoherente; ni era avaro, que estaba satisfecho con poca cosa; tampoco jactancioso, por lo que era todo él bueno y honesto.

10 ALBUZZI. Sea todo esto que dices. Encontrarás a uno mejor en lo que atañe a la utilidad, y con un gasto menor.

CARDANO. Lo reconozco, porque querré mandar sobre él con más libertad, no porque sea mejor. Pero también después de que salió él de mi casa, en este año he echado y cambiado a más de doce sirvientes, pues ninguno pasó de un mes. Como la cosa está 15 así, confío en que podré encontrar a uno más cómodo por eso que he dicho, pero a ninguno que sea para mí tan grato.

ALBUZZI. Por lo tanto, hay que tratar del amor. ¿Ninguno era para ti más grato? ¿Ninguno lo podrá ser? Pero, ¿por qué causa? ¿Sólo porque fue educado en tu casa? No podrás aportar ninguna 20 otra causa. Soportaste pacientemente la muerte de un hijo, ¿y no podrás soportar la de un criado? En definitiva: avergüénzate de estas niñerías.

CARDANO. Lo que dices es verdad, pero en todo caso inspiran compasión los suyos que lo esperaban, pues de ambos juntos, es decir, de mí y de él mismo, dirás lo mismo que de cada uno; y es 25 que dos características de ninguno nada en absoluto significan juntas la una con la otra.

ALBUZZI. Eso para mí no es problema; en todo caso, poco debe atormentarte la incomodidad ajena. En aquél no hay mal 30 alguno: si los hermanos eran ricos, son más ricos; si no lo eran, ni siquiera se preocuparán por si vive, a menos que su vida les fuese útil, pero apenas podía serlo. De ahí que sea también digno de consideración eso de que los ángeles no se preocupan nada por la muerte, o poco. Y desde luego con razón, en tanto que la muerte es 35 el último de todos los males, y en tanto que es necesario soportarla alguna vez; y es menos malo experimentar una vez /172/ lo que hay que experimentar, que temerlo tan a menudo y durante tanto tiempo. Así pues, si los ingleses no temen su propia muerte, es verosímil que se duelan mucho menos por la muerte ajena o por la 40 de los hermanos o amigos. Y es que me consta, por lo que he oído

GUGLIELMUS. DE MORTE

de ti, que él carecía de padres. Pero, ¿no es verdad eso que se dice de ellos, es decir, que son resueltos y alegres a la hora de aproximarse no sólo a la muerte, sino al suplicio?

CARDANO. Muy verdadero: saludan a los suyos, y abrazan a sus hijos y se los confían a los hermanos. Dicen que se van a una vida inmortal, que allí los esperan, y los exhortan a que honren a cambio su memoria. Soportan alegres la última hora, sin ninguna palidez, sin balbucir nada, con firmeza. Son dignos de toda misericordia, ellos que van al encuentro de la muerte con tan alegre alma, y no tienen compasión de sí. De este pueblo fue este criado mío. 5 10

ALBUZZI. ¿Qué aspecto corporal tienen? ¿De qué hábito son?

CARDANO. El aspecto es muy parecido al italiano: son blancos, más blancos que nosotros; no tan rubicundos, y de pecho ancho. Entre ellos algunos tienen una extraordinaria altura corporal, son mansos de costumbre y [686b] amigos de los forasteros, pero son fácilmente airables, y entonces son de temer. Son fuertes en la batalla, pero menos cautos; son bastante ávidos de comida y bebida, pero no tanto como los germanos; al sexo están más inclinados que dispuestos. Los talentos entre ellos son preclaros. Una prueba de ello es Escoto y Suisset, a los que no hay nadie que se pueda anteponer. Sus hábitos son como los de los italianos; en efecto, se jactan de buena gana de estar más cerca de ellos, y por eso se afanan cuanto pueden por imitarlos en costumbre e indumentaria, pues en cuanto a su aspecto físico son también más semejantes a ellos que a los germanos, a los galos y a los hispanos. Es verdad que todos los europeos extranjeros aman más a los italianos que entre sí los pueblos que son diferentes. Poco faltó en las proximidades de Bélgica para que nos degollaran a todos por un cierto adolescente semejante a un hispano que tenía conmigo, pero quizá aquéllos desconocen nuestros crímenes. 15 20 25 30

ALBUZZI. No todos somos malos, no por todas partes hay tantos malvados. Pero continúa.

CARDANO. Son fieles, y liberales, y ambiciosos. Pero por lo que atañe a la fortaleza, más admirables son las cosas que hacen los escoceses silvestres, los cuales cuando son conducidos al suplicio llevan consigo a un flautista; y aquel a menudo, incluso cuando está entre los condenados, tocando los conduce danzantes a la muerte. 35

ALBUZZI. Quizá hagan eso menos ineptamente que, entre nosotros, las mujeres que lloran la muerte; y ello porque, como he dicho, dado que las almas son en todo caso inmortales, para el 40

GIROLAMO CARDANO

hombre bueno, sea cual sea el tipo de inmortalidad, cualquier muerte es preferible a esta vida. Pero, ¿tú penetraste hasta los escoceses?

5 CARDANO. Y tanto; además, me inicié en un gran placer viendo tantas provincias. Así pues, al menos este placer lo tienen los mortales.

ALBUZZI. Más bien miseria, y no es leve. Piensa cuántos ardores en el alma, cuánto frío en el cuerpo, cuántos peligros para la vida, cuántas incomodidades soportaste.

10 CARDANO. /173/ Ciertamente es lo que dices, pero yo no me daba cuenta.

ALBUZZI. Así lo estimo, pero no por ello debe decirse que son menores, es decir, porque no lo sentías. Incluso en el caso de que no hubiera otro inconveniente que el de no ser entendido, ni entender la lengua de aquéllos, ¿no era eso especialmente incómodo?

15 CARDANO. Es verdad; y tanto más cuanto que estando en Inglaterra, cuando recorría a caballo la región cercana a Londres, me admiraba del hecho de que me pareciera estar en Italia. Cuando inspeccionaba a los propios ingleses sentados junto a mí, pensaba con toda seguridad que estaba entre italianos: por la forma, como he dicho, las costumbres, el hábito, el gesto, el color; sin embargo, cuando abrían la boca, no entendía ni una sola palabra; y me quedaba pasmado de que fueran algo así como italianos enloquecidos y descerebrados. En efecto, con la lengua doblada hacia el paladar retuercen las palabras en la boca, imitando con los dientes un cierto sonidito estridente.

25 ALBUZZI. Pero, ¿qué agrado podía haber en el que se acordaba de sus hijos? Sólo con esto nada podía ser agradable. Después, ¿a qué mortal le toca esa rara ave: ser llamado de tan lejos por un dinero ajeno y abundante, y que un hombre entre todos los pueblos y provincias no sólo sea por sus escritos conocido, sino que también resulte grato?

CARDANO. Ciertamente, pues tanto me atormentaba la memoria de los míos, que por ello habría pedido mi regreso, y lo habría obtenido.

35 ALBUZZI. Luego si a la sazón aquel viaje fue alegre, fue responsabilidad tuya, no de todos ni de muchos, ni propia del viaje o de los viajeros

CARDANO. No fue agradable sino en la medida en que [687a] fui auxiliado por la estulticia y el olvido.

40 ALBUZZI. En todo caso, no debes ni dolerte ni sorprenderte de

tantas adversidades como te han ocurrido, especialmente en torno a tus hijos, pues las demás cosas son leves y exiguas si se las compara con semejante mole bien sea de males, bien sea de gloria. Dios, en efecto, suele igualarlo todo. Pero quizá alguna vez llegarán cosas más felices. 5

CARDANO. ¿Cuándo? ¿Cuando esté **pempel oj**?

ALBUZZI. ¿No sabes que Aristóteles, al hablar de la fortaleza, dice que el fuerte muere feliz porque en el preciso momento de la muerte toma tal placer de la virtud con la que cumple entonces muriendo, que se considera a sí mismo feliz y merece que se lo digan? Por lo tanto, ¿qué pasa si eso ocurre en los últimos meses, tanto más cuanto que nadie es tan anciano que no pueda ofrecerse a sí mismo un trienio de vida, y por esa razón te verás bastante restituido incluso aunque sea tardíamente? 10

CARDANO. ¿Pero me veré alguna vez restituido en cuanto a mi hijo? 15

ALBUZZI. Te mostraré un poco después qué interés tiene esto; en todo caso, por lo que he oído de ti, ya fue tarea tuya el consolarte en el *Theonoston*.

CARDANO. Sin embargo, se ha añadido una nueva preocupación, y no me deja descansar. 20

ALBUZZI. ¿Cuál?

CARDANO. La detracción del sueldo, completamente injusta.

ALBUZZI. ¡Oh! ¿Entre tan graves lutos hay lugar para traer a la memoria tan leve pérdida? 25

CARDANO. No por eso, sino porque esa disminución ha sido llevada a cabo por los mismos que condenaron a mi hijo; ya comprendo aquello que sospechaba, es decir, que el muchacho fue injustamente condenado por odio a mí: esto es lo que me tortura.

ALBUZZI. Quizá ocurrió aquello que se lee en Aristóteles: «Al centellear el cielo, Sócrates murió». De modo que esa detracción ocurrió por otra causa. En todo caso, si esa preocupación tanto te atormenta, como es justo, ¿qué te imaginabas de aquel criado? 30

CARDANO. Esto no puede explicarse con pocas palabras; han sobrevenido ciertas cosas, mientras estoy de luto por mi criado, por las que he entendido que mi hijo pereció más por el odio hacia mí que por su crimen; y también he sacado en limpio que aquella detracción /174/ tuvo la misma raíz. Por lo que, en lo sucesivo, esa detracción sirve de firme argumento de la crueldad sobre mi hijo. 35

ALBUZZI. Mal hecho, si es así. Pero ten cuidado no te vayas a 40

engañar. Todas las cosas han de ser interpretadas en su parte más suave, no sólo porque sea así apropiado, sino porque ello guía a aquellos que se ven afligidos, como voy a decir en breve. E iba yo a decirlo de inmediato, pero tengo una doble inquietud respecto a lo que ya has dicho, me explico: ese regreso de los hombres no sería verdadero, puesto que no es necesario que se dé la misma materia prima, sino la segunda, es decir, el mismo cuerpo formado de los elementos, cuya forma es el alma, para que se restituya el mismo hombre. Ahora bien, esto no ocurrirá nunca en la eternidad. La otra duda es la siguiente: cuando un niño de dos años ha sido robado por los bárbaros, y ha sido trasladado a Asia, lo cual ha ocurrido en más de una ocasión en estos años por las guerras, en donde aprenderá la lengua bárbara tras olvidarse por completo de la suya, desconocerá a sus padres, desconocerá su patria, ¿en qué es ese niño uno solo para sí mismo siendo ya joven en mayor medida que para otro bárbaro? Es verdad que para sí mismo es la misma persona. Y si fuera reconocido por sus padres y rescatado, no sería querido de otra manera que si hubiese sido criado sin interrupción en su casa; y, sin embargo, no se acuerda de nada: por consiguiente, ¿qué le importa a ese joven que él fuera aquel niño u otro? No sé si entiendes lo que te digo.

CARDANO. No como quisiera.

ALBUZZI. Ni tampoco yo puedo explicártelo como quisiera. Si tú moriste, ahora has nacido, el alma descansa durante el tiempo intermedio, pero desprovista [687b] de sentido: ¿qué te importa a ti el que ya antes hubieras nacido el que eres, o yo, como quiera que ni aquél sabía que esto iba a ocurrir, ni ese conocimiento de ti mismo se da de continuo, ni tú entonces lo sabrás? ¿Acaso a aquél 'tú mismo' (no puedo decirlo como quiero) no le da lo mismo que seas yo como que seas tú?

CARDANO. Y, sin embargo, hay una grandísima diferencia: yo, en efecto, soy aquél, y esa seguridad me ayuda, es decir, la de que voy a volver, y habiendo cambiado la fortuna de cara a costumbres y actos.

ALBUZZI. Bien, digo yo; sin embargo esto es lo que especialmente me mueve a dudar: cómo es y cómo está esa línea divisoria: la tuya que te separa de ti mismo primeramente, y en segundo lugar de mí.

CARDANO. Lo mismo pasa en el caso del que duerme, en el

GUGLIELMUS. DE MORTE

del enfermo que ha yacido largo tiempo inconsciente, en el del que ha enloquecido.

ALBUZZI. Sé que se da esa separación en todos, pero pregunto cuál es.

CARDANO. Para reconocer la verdad, no sé qué decir; lo veo y no lo veo, y eso puede unirse a las otras tres dudas de las que nunca he podido (por más que las cosas parezcan estar ante mis ojos) encontrar una solución que me satisfaga plenamente. 5

ALBUZZI. ¿Cuáles son?

CARDANO. Una es: ¿acaso es falsa o verdadera la frase ‘yo digo algo falso’? La segunda es: todas las compras pueden dirimirse por una pequeña cantidad de dinero, lo cual parece también más que absurdo. La tercera: ¿cómo es que se densifican los cuerpos, como el agua y el aire, cuando las cosas que tienen una forma diversa no pueden penetrarse? 10 15

ALBUZZI. En otra ocasión meditaremos sobre estos asuntos. En todo caso, exímeme ahora al menos del primer escrúpulo, si puedes.

CARDANO. Haré como dices. Es patente que esa materia que llamas ‘segunda’, si no se interpone ninguna otra alma, es la forma, y por ello es común, mientras que la parte subyacente de la materia prima es el origen de la diversidad. 20

ALBUZZI. Común no es, sino variada en virtud de la naturaleza de los hombres.

CARDANO. Sí, es verdad, en razón de los accidentes y /175/ coadyuvando el influjo de las estrellas, pero no en virtud de la esencia. En efecto, si la forma humana es la misma que el alma, y una y otra son producidas por la mezcla de los elementos, es evidente que esa forma es una sola, pero varía por la materia, pues no es la forma tener dos ojos, una lengua, dos pies y lo demás, sino una cierta potencia y una perfección en el corazón, la cual siempre está culminada en todo hombre; esta forma, por consiguiente, no recibe ninguna variedad sino de parte de la materia prima. 25 30

ALBUZZI. Es suficiente. Pero si te parece bien, reduzcamos esta discusión de hoy y lo que hemos dicho a unos pocos puntos. 35

CARDANO. Eso será más que hermoso, y especialmente si además de eso adornaras aquellas ideas que vayas a recoger.

ALBUZZI. Me parece bien. Así pues, primeramente se ha demostrado que las almas son inmortales: y se habla, sea como sea, de la propia alma de cada uno, no de aquella alma general imagina- 40

5 ria. Por otro lado, también los hombres ellos mismo son palmariamente inmortales, pero por intervalos mueren y resurgen, y en un número infinito de veces cada uno vuelve a este mundo, y ello porque es absurdísimo pensar en una infinitud de almas sin
 10 cuerpos, siendo en cambio infinitos los hombres siempre con almas cambiadas. Por el contrario, es necesario que ellas vuelvan infinitas veces, para que un número determinado de ellas cumpla con la eternidad, pero a pesar de que vuelvan no es necesario que vuelva la misma forma, ni las costumbres, ni la fortuna, ni el nombre. En
 15 todo caso, muy a menudo ocurre que los mismos maten a sus hijos, antes que lo fueran, y a los hermanos y a los padres; y que, al revés, tengan por hijos a los que mataron; y que sufran en desquite las mismas cosas que ejecutaron injustamente [688a] en otros; además, que los opulentos mendiguen, y los mendigos sean ricos; y que
 20 todas estas cosas se vuelvan de alguna manera circulares, de modo que todas se igualen prácticamente según el ejemplo de las estrellas, aunque no sea exactamente, ni a intervalos tan breves como desearían los mortales. Por lo demás, en el intervalo pueden pasarles tres cosas a las almas separadas del cuerpo: o bien que sobrevengan y lo sepan, lo cual es más verosímil y más deseable, y más coherente con la razón, y ello porque igual que los que están
 25 despiertos se acuerdan de aquello que vieron en sueños, y los que duermen no se acuerdan de lo que vieron estando despiertos, así tras la muerte y antes nos acordamos de la vida pasada, y miramos con más certeza las cosas presentes; cuando hayamos descendido a este sueño, es decir, a esta vida presente, no nos acordamos sino en la propia primera infancia. Finalmente, al sobrevenirnos nuevas imágenes de las cosas presentes, en tanto que son más efectivas, nos olvidamos inmediatamente y de forma completa de aquellas
 30 cosas que vimos en la vida anterior.

35 La segunda posibilidad es que el alma permanezca inmersa en alguna materia careciendo casi de todo conocimiento, pero no completamente, sino que no desconoce un cierto objeto que también apetece perpetuamente; a esta opinión la favorecen en gran medida las cosas que se ven en el caso de los endemoniados y de los linfáticos, en todos los cuales vemos que o bien por imprecaciones o bien por rezos píos se les hincha el cuello, se les colorea la cara, se les perturba la mirada, lo cual apenas puede ser voluntario y fingido, sobre todo en tantos seres humanos como se da, y principalmente en los que son rudos por su sexo y condición.
 40

La tercera posibilidad es que el alma muera completamente, y después ella misma vuelva, como hemos dicho y hemos demostrado. Ahora bien, de todas las maneras, es necesario que sea común el regreso de los mismos hombres infinitas veces; que regresen a lo mismo que antes del óbito; /176/ que cambien las costumbres, la fortuna y lo demás; y que a los desgraciados y honestos les toque una vida feliz, y a los ímprobos una infeliz. Finalmente, es necesario que esos que han sido condenados fueran alguna vez hijos, y padres, y hermanos, y queridísimos, y que los que amas sean alguna vez golpeados por ti; y que las cosas justas y las injustas se mezclen equilibradamente, y se igualen, y se anulen en un determinado círculo. Y de todo esto has demostrado su necesidad. 5 10

CARDANO. ¡Cuán bellamente sostienes lo que hemos dicho, y mucho mejor que como yo lo he dicho!

ALBUZZI. El segundo punto es que, en el caso de que pudiera ocurrir que nuestras almas no fueran de ninguna manera inmortales, no habrá diferencia alguna entre la vida y la muerte en aquellos que o bien perecieron sin descendencia, o cuya estirpe se extingue finalmente, a no ser que quienes viven soportan el dolor de la muerte, y los muertos y los no nacidos no lo experimentan. A partir de lo cual se manifiesta cuán más que verdadero fue aquel dicho del Sileno (si es que lo dijo él), es decir, que lo óptimo es no haber nacido, al menos para aquellos que mueren sin descendencia o cuya estirpe se extingue al final, pues como esta vida se reduce directamente a la nada, nada tiene más que el dolor de la muerte, de ahí que lo óptimo sea no nacer. Y esto que puede quizá parecerles a muchos bastante sorprendente es, sin embargo, completamente verdadero. Y a Cicerón y Alciato (por lo que se refiere a ellos) más les hubiera valido no nacer, y hay en ellos tanta gloria como si no hubiesen nacido, a no ser porque tuvieron una muerte más tormentosa por el hecho de que la estirpe de uno y otro en los únicos hijos que habían adoptado se extinguió. Lo demás que se refiere a la gloria, las riquezas, [688b] el poder, el nombre, incluso los propios libros, si el alma es mortal, primeramente ahora no les concierne en nada a ellos; y todas las cosas tras un cierto espacio de años se extinguen y se destruyen, espacio que, aunque a nosotros nos parezca bastante largo, sin embargo comparado con la perpetuidad que siempre amenaza a lo que hemos logrado reunir y que no podemos evitar, nada es en absoluto. En cambio, en el caso de que supusiéramos que las almas son inmortales de cualquiera de esas 15 20 25 30 35 40

tres maneras, el nacer es mejor sólo para aquellos que conducen su vida por el camino de la egregia virtud, y dejan una memoria perenne de sí mismos, puesto que así parecen vivir casi perpetuamente: verdaderamente, mientras viven, por la vida misma, y en el
 5 intervalo por la gloria, especialmente si llegara hasta ellos algo de ella. Entonces será de poca importancia la descendencia y la procreación, bien sea por las «auras graves» y la educación, bien sea por aquella revolución y el regreso de cada uno a cada uno, es decir, o bien porque de ti nacerá un hijo que en una ocasión te mató
 10 a ti mismo, o bien porque debe ser menor la preocupación de la perpetuidad en la estirpe al ser nosotros mismos perpetuos, y todos seremos reyes y sabios, miserables y mendigos, y no una vez, sino infinitas veces.

El tercer punto es que, supuesta la mortalidad de las almas
 15 humanas, los que mueren sin descendencia, o aquellos cuya estirpe en algún momento se extingue, son muy parecidos a aquellos retoños secos que suelen ser cortados por los buenos campesinos en el tiempo en que purgan los árboles; los demás cuya abundante prole se mezcla con todo el género humano son semejantes a los
 20 retoños de las plantas bien compactadas, o al agua en los ríos, ese agua que en el río tiende conjuntamente /177/ al mar. Ahora bien, es tanta la mezcla de los hombres, que incluso los semilleros perecen. Por esa razón, si pudiera ser que nuestras almas fueran mortales, habría que velar con suma diligencia por esa propagación
 25 de la estirpe. En todo caso, como la mayoría no vela ni por esta propagación que resulta pertinente de cara a la inmortalidad, ni por la santidad de la vida que también tiene que ver con la inmortalidad, es claro que los hombres están completamente locos. Ahora bien, si para el que no procrea una descendencia es inútil y odiosa
 30 la vida, para el que la procrea es incierto si sobrevivirá, si será fatigoso alimentarla, y para los que tienen hermanos los hijos de éstos están en lugar de los suyos propios. Por otro lado, según dices, a ese criado le sobreviven dos hermanos de cada uno de sus progenitores; piensa que nada se ha perdido al completo, incluso es
 35 mucho mejor de esta manera para él y para los suyos. Hay muchas cosas que nos engañan a causa de los afectos, y ellas cada día nos convencen de nuestros errores. Si se trata de una fábula, provee de un modelo, si es historia, sirve de ejemplo: Paris nació para ruina de sus padres, hermanos y hermanas; como, a pesar de todo, nació,
 40 ¿cuáles fueron los votos de todos estos? ¿Cuál la alegría? Téngase

esto como firme: nada mejor le pudo ocurrir a aquél, las cosas peores son infinitas, no sólo para ti, sino para él. Quien ejerce un comercio del que se genera ganancia, debe precaverse lo más diligentemente posible, y que no se le pierda algo al azar. Así pues, según he dicho, puesto que no puede haber nada mejor para el ser humano, como tampoco para aquel muchacho, ¿preferirías que hubiese sobrevivido para que fuese condenado y recibiera del verdugo la muerte, para que se consumiera en la cárcel, languidiera en el lecho, o provocara tu muerte, o la de alguno de los tuyos, de manera que al perder tarde a uno de los tuyos desearas su muerte? Hay muchos infortunios y adversidades, los talentos de los hombres fácilmente mutan, y especialmente los de los jóvenes y pobres, y los de los que están entregados a los placeres, a los cuales no negarás [689a] que aquél fue adicto. ¿Qué pasa si le hubiese ido bien a él, lo cual (como dije) era difícil, pero hubiese tenido la ocasión de sustraerle a aquel sastre algo de importancia? Los peligros acechan por todas partes: si es cauto, vendrán de él y serán menores; si es simple, vendrán de sus consejeros y serán mayores. Pero si no hay nada (como he demostrado) que sobreviva, no hay motivo para que te duelas.

El cuarto punto que hemos demostrado es que en nuestra vida abundan más y son mayores los males que los bienes; y los bienes no son sentidos, pues descansan en la indolencia; y no hay ningún bien sin mal, mientras que hay muchos males carentes de todo bien. Si comes, el hambre estuvo antes; de otra manera es desagradable lo que se coma, sea lo que sea; no obstante, lo más frecuente es que te veas oprimido por el hambre y no puedas comer; si tienes dinero, es necesaria su custodia y te ves angustiado por esa inquietud; si no lo tienes, te atormentas, de tal manera que nadie parece nacido por su propia causa, sino por la de otros. En definitiva, vale más no existir. Hemos pasado revista, además, a las dificultades que se dan por todas partes y a las causas del dolor. Así que nada hay mejor que no nacer, o morir al instante mismo de nacer, si es que lo miramos desde el punto de vista de nuestra propia comodidad. Por lo tanto, ¿qué hay en esa desgracia por lo que puedas dolerte?

CARDANO. Ciertamente has atenuado el dolor; vencido estoy por las razones, aunque un cierto sentido retenga lo que me es doloroso y, según pienso, es falaz. No lo veré más; tenía en él una fe familiar; lo abandoné, a él que para unirse a mí dejó a todos los suyos; fui estúpido al preocuparme de él, e ingrato: ¿con qué

agradecimiento a sus hermanos, con qué agradecimiento a sus
padres, si vivieran, /178/ podría recompensarles? No me conmueve
el que muriera en el Xenodoquio, pues yo quisiera morir en el
campo, ser enterrado en una sima: fácil gasto de sepulcro. Moisés,
5 varón tan grande y tan prudente, no quiso saber nada de su sepul-
cro.

ALBUZZI. A todo esto oponle dos cosas: tus asiduos infortu-
nios, como si hubiese una culpa que fuera sólo tuya; no es tuya,
sino de aquellos que causaron en ti ese fastidio. El dinero dado al
10 sastre te libera de la infamia, tu alma honesta y la conciencia te
liberan completamente de la culpa. Otra cosa es la gloria del
nombre del muchacho y [689b] las eternas adquisiciones para sus
padres y hermanos por tus afanes y tu actividad; de lo contrario, si
hubiese permanecido en su casa, por más que lograrse ser más rico
15 que Creso, hubiese sido desconocido. ¿Acaso es poca cosa confiar
su nombre a la posteridad por estos monumentos tuyos perpetuos?
Considero que, si el alma de aquél y las de sus padres inteligen
algo, como creo, se alegrarán de esta diligente historia tuya y esta
recomendación de su nombre y del de su familia. Y no dudo de que
20 tú, que incluso por causas menores habitúas a dejarlo todo por
escrito, estos bellos descubrimientos tuyos y mis bagatelas, mezcla-
dos a una, los vayas a escribir y a embellecer, tal como sueles.

CARDANO. ¿Bagatelas? Por Júpiter, creo que nunca se pudo
hablar mejor que Albuzzi en cuanto a esta causa, y ojalá me esté
25 permitido narrarlo de memoria según se ha dicho; no me atrevería
yo a añadir nada, a no ser quizá estos pocos versos en alabanza del
adolescente, los cuales servirán de adorno de su monumento:

Viniste joven, dulcísima preocupación de los tuyos, infeliz, para
30 que siguieras nuestro camino. Ha sido extraída de ti la flecha a mí
dirigida; no fue tu suerte, sino la mía, envidiosa, la que te arrebató.
Me veía aniquilado por la muerte, ya por la patria y por los odios
de los míos; mi propio hijo soportó ese dardo mío. Erraron los de
arriba: ¿qué de extraño hay en que errara el Senado? Dos jóvenes
35 inocentes perecieron de esa manera. La luz que me queda por ver,
la vida que me queda por vivir se la deberé a ambos, y aunque sea
un amor desigual. ¿Preguntáis de dónde ha nacido esta ira de los
dioses contra mí? Creían que las puertas del destino de su cielo se
habían abierto.

40

GUGLIELMUS. DE MORTE

ALBUZZI. ¡Oh santo! Pues bien hizo aquel Julio EscalÍgero, aunque era por reconocimiento propio enemigo tuyo, en llamar a tu ingenio felicÍsimo, lo cual yo entonces no lo creía, pero, según veo ahora estos versos fabricados improvisadamente, que no has consumido ni media horita, entiendo que de ti se puede decir verdaderamente aquella frase horaciana: 5

La Musa concedió a los griegos talento y un lenguaje armonioso. 10

CARDANO. /179/ ¡Ay que eso es porque (según se suele decir) he perdido «el trabajo y el aceite»!

ALBUZZI. ¿Cómo es eso?

CARDANO. ¿No he dicho que, aunque fueras Cicerón u Homero, nada importa, y esta vida es completamente inútil e inane, a menos que nuestras almas sean inmortales? En todo caso, es el amor que me profesas el que genera esa opinión de mí, no la realidad misma. 15

ALBUZZI. Pero ya estoy óptimamente persuadido de que nuestras almas son inmortales, y con el género de inmortalidad mejor que se puede dar, es decir, que cada uno lo conocerá todo perfectamente, lo cual no dudo que es lo que tú crees y sabes. Y no ando en esto más engañado que en la opinión que de ti tengo. 20

GIROLAMO CARDANO